HÉROES DE LA PRADERA

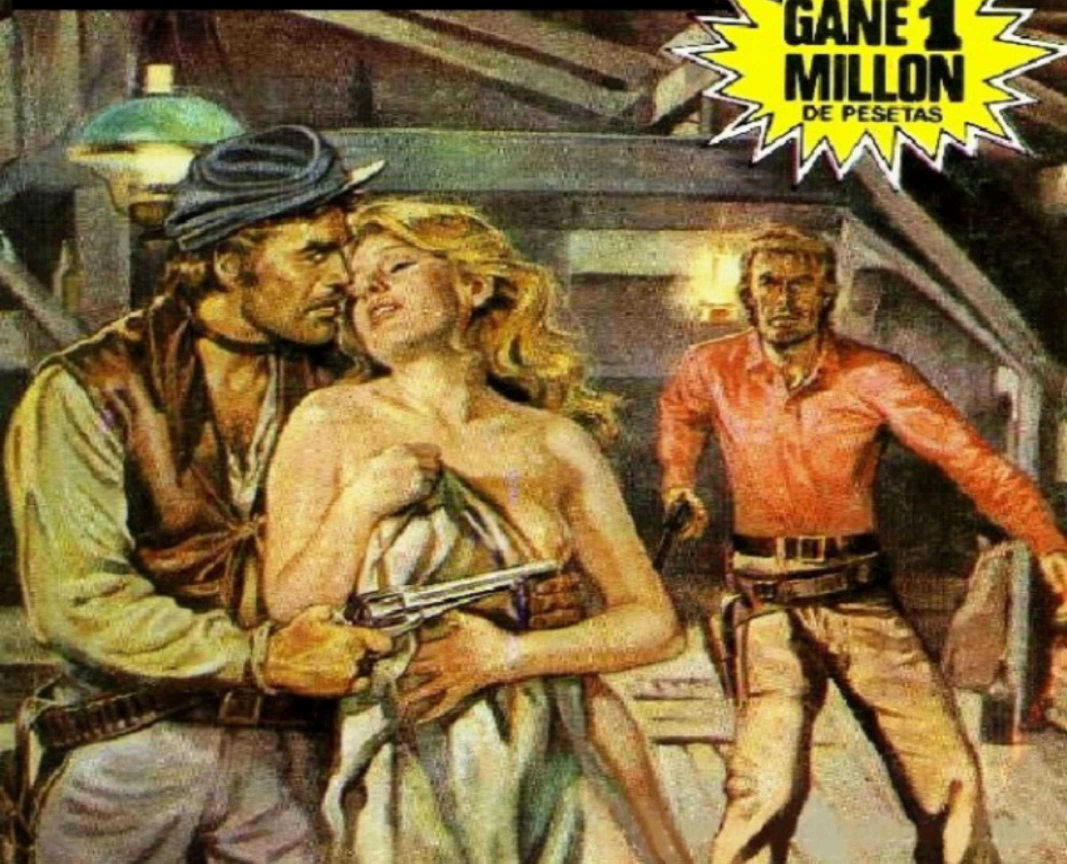
BRUGUERA

BOLSILIBROS

Oeste

# Silver Kane

# DEJA QUE DISPARE, PRECIOSA



**SILVER KANE**

## Deja que dispare, preciosa

HÉROES de la PRADERA nº 753. Bruguera – mar/1985

**Edición**

BRO0665

**HPR0753**

# CAPÍTULO PRIMERO

Cualquiera que conozca un poco el Estado de Wyoming, uno de los más despoblados de Estados Unidos, sabe que está cruzado de norte a sur por la cadena de las Montañas Rocosas. En estos momentos, Wyoming tiene pocas ciudades importantes, entre las que destacan por derecho propio las legendarias Cheyenne y Laramie, que marcaron un hito en la historia del Oeste. Pero fuera de eso poca cosa hay, si exceptuamos a Sheridan y Casper.

Las rutas que cruzan el Estado tampoco son importantes, y prácticamente todas bordean la gran muralla natural de las Rocosas. Casi todos los viajeros siguen la autopista número 80, que va a Rock Springs y entra en Utah. Esa fue la ruta que siguieron en gran parte los mormones, antes de establecerse en Salt Lake City; primero dirigidos por Joseph Smith y después por Young. Otros emplean las carreteras estatales 25 y 26, que dejan a un lado las Crescent Mountain y penetran en el maravilloso paisaje natural de los montes Tetón. Pero pocos de los que en sus potentes automóviles siguen esa ruta, saben que están pisando uno de los primeros caminos de la civilización hacia el Oeste, una de las primeras pistas que los aventureros blancos organizaron en su camino hacia lo desconocido. La relativamente escasa importancia que hoy tiene Wyoming dentro del conjunto del país contrasta con la que tuvo hace unos años, cuando estaba en el principal camino de la gran aventura hacia el Oeste. Porqué, en efecto, en las orillas del río Yellowstone, en lo qué es hoy el famoso Yellowstone National Park, se celebraron las primeras grandes convenciones comerciales al aire libre, que recuerda la historia del país.

Como el lector seguramente sabe, durante muchos años la principal fuente de riqueza de los que iban hacia el Oeste fueron las pieles. La gente no iba en busca de tierras fértiles, ni de minas, porque las primeras requerían el esfuerzo de muchos años antes de dar verdadero fruto, y además estaban amenazadas por los indios; en cuanto a las segundas, o no existían o eran demasiado peligrosas, por falta de capital y de organización. Los que se aventuraban en aquellas soledades inhóspitas donde se jugaban la vida cada mañana, pretendían un enriquecimiento rápido. Dejarse la piel para cultivar lechugas, no valía la pena. Por eso los primeros hombres que se aventuraron en las Rocosas, descubriendo el camino de Utah. Nevada y California, además de la frontera occidental del Canadá, eran tramperos. Todos ellos vivían principalmente de la caza del

castor, que proporcionaba unos beneficios fabulosos y permitían a un hombre audaz conseguir en muy pocos años, una de estas dos cosas; o un palacete en San Luis, a orillas del Mississippi, o una tumba en South Pass City, en las estribaciones de las Rocosas.

Pero como la gente piensa en los palacetes y no en las tumbas, aquello se llenó de aventureros y de indeseables a partir de 1820. La historia de los comerciantes de pieles es de las más apasionantes y reveladoras, pero no vamos a trazarla aquí. Bastaría con decir que se estableció una verdadera guerra entre las Compañías más importantes, y que el gran comercio de las pieles se canalizaba en dos direcciones: una de ellas Londres y el resto de Europa (dirección utilizada por los ingleses a través del Canadá) y otra Cantón y el resto de China (dirección utilizada por los americanos a través de Oregón y la isla de Vancouver). Cuando el gusto por las pieles empezó a decrecer y los elegantes asiáticos o europeos dejaron de usar sombreros de piel de castor, las Compañías dejaron de ser tan prósperas y el número de aventureros lanzados hacia las Rocosas decreció. También es verdad que el número de castores había disminuido tan lamentablemente que cada vez resultaba más difícil cazarlos. Las soledades de Wyoming adquirieron entonces una nueva fisonomía, que, con pocos cambios, es la que han conservado hasta hoy.

Pero hasta mucho después de haber decrecido el comercio de las pieles, se produjo en las cercanías de Yellowstone un hecho de la mayor importancia: la gran reunión comercial al aire libre de que he hablado hace poco.

Cuando Cheyenne y Laramie aún no existían, todos los comerciantes de pieles y todos los tramperos solían reunirse una vez al año en las cercanías del lago Yellowstone y al norte de los montes Tetón. Allí se conocían unos a otros, intercambiaban informaciones, compraban provisiones y medicinas para todo el año, se hacían visitar por el médico o el dentista y comerciaban con los indios.

Este punto era quizá el de mayor importancia.

Adentrarse en las Rocosas y cazar animales de piel valiosa, sin contar con la colaboración de los indios, era una auténtica locura. El primero en caer en la trampa hubiese sido el trampero. Por ello los comerciantes mantenían buenas relaciones con los indígenas, a fin de asegurarse por lo menos su indiferencia. A los indígenas también les convenía el trato, porque ellos se podían convertir igualmente en cazadores de pieles, que luego el hombre blanco les pagaba a buen precio. Justamente en la reunión anual del Yellowstone era donde los indios realizaban sus ventas. Las pieles,

que antes les servían simplemente como adorno poco menos que inútil, o con las que perfeccionaban sus tiendas, adquirían un insospechado valor gracias a las rutas comerciales que el hombre blanco había descubierto.

Porque era justamente el hombre blanco el que hacía que una piel cazada por un indio en la frontera de Idaho, centuplicase su valor en las lujosas tiendas de Londres.

Por otra parte, también los indígenas adquirían allí artículos manufacturados que de otro modo no podían conseguir. El hombre blanco les vendía telas, cuchillos bien fabricados, pólvora, adornos para las mujeres y sobre todo, whisky. La historia de la corrupción de las tribus indias a causa del infecto licor que les vendieron los aventureros blancos, es una de las amargas y aleccionadoras del Oeste.

Años más tarde, cuando ya el coronel Colt había dado a conocer su diabólico invento (el revólver de repetición) y las ciudades de Cheyenne y Laramie eran en realidad tumbas abiertas donde los asesinos imponían su ley, la reunión anual del Yellowstone seguía celebrándose en el mes de julio. Ya no era lo mismo de antes, porque la gran época de las pieles había pasado, pero en torno a los montes Tetón se congregaban todavía miles de aventureros y de indios. Claro que ahora gran parte de los blancos que viajaban hasta allí no eran tramperos, sino simples forajidos que buscaban una oportunidad.

Los tiempos habían cambiado.

La técnica de aquellos individuos era bien sencilla: echaban el ojo a algún comerciante o a algún indio que hubiera hecho una buena transacción y llevase encima dinero fresco. Le seguían, le asesinaban y se largaban más allá de las fronteras de Montana o de Idaho, donde sabían que nadie les encontraría nunca. La cantidad de pequeños alzamientos indios que se produjeron a causa de las actividades de esos asesinos, no cabrían en las páginas de un voluminoso libro. Pero yo he hablado de esto a mis amigos lectores sólo para situarles un poco en el escenario de los hechos, un escenario que es todavía hoy uno de los más fascinantes de Estados Unidos. En realidad, la historia se refiere a otro aspecto que intencionadamente he dejado para el final y que es sumamente amargo: quizá el amigo lector no sepa que los indios no comerciaban con pieles, exclusivamente.

Voy a hablar con claridad:

Cada tribu tenía unas costumbres sexuales distintas, y algunas de ellas eran bastante rígidas: se aproximaban mucho a lo que es en

líneas generales la moral cristiana. Ahora bien, la mayoría de las tribus consideraban el hecho de la relación sexual como una actividad sometida tan sólo a las leyes de la Naturaleza, de modo que en ese aspecto la mayoría de los indios obraban como los bisontes o como los coyotes. Si una muchacha de buen ver era atrapada entre unos cañaverales por un macho ansioso, lo normal era que ambos acabaran contribuyendo al desarrollo de la especie humana, sin dar demasiada importancia al hecho. Entonces, ¿por qué no obtener un beneficio, en determinadas épocas del año, por algo que hacían siempre sin cobrar nada?

Imposible es saber dónde germinó la idea de que aquello podía ser la base de un lucrativo comercio. Seguramente que las muchachas no tuvieron la iniciativa. Lo normal es que la idea naciera de sus padres, que tenían por costumbre vender a sus descendientes femeninas, sea para el matrimonio o sea para cualquier trabajo. Y, sin duda, nació también de los aventureros blancos, que en las soledades de las Rocosas habían pasado meses sin ver a una sola mujer.

Lo cierto es que entre 1820 y 1870, año en que se desarrolla esta historia, la reunión anual de Yellowstone Lake se había convertido en uno de los mayores prostíbulos del mundo. Cuando los indios habían vendido sus pieles, vendían también a sus mujeres o sus hijas. La verdad es que muchas de ellas encontraban un buen hombre que se sentía ganado por la ternura y acababa casándose decentemente, convirtiendo a la muchacha india en la compañera de su existencia. Pero esa no era la norma general: las tiendas de campaña que se improvisaron durante años, a orillas del Yellowstone Lake, contemplaron el llanto de muchas muchachas y sirvieron para extender muchas enfermedades hasta entonces desconocidas en el país. A pesar de lo cual la misma chica era vendida un año tras otro mientras el niño, si nacía, era adoptado por la tribu. Así se propagaron los mestizos, seres desarraigados y que no pertenecían ni a una cultura ni a otra. No es extraño que el mayor índice de delincuencia o de abyección surgiera de ellos, precisamente.

Así estaban las cosas y ése era el panorama que esperaba al viajero en la cuenca del Yellowstone, cuando el pastor Neil distinguió desde lo alto de su caballo a aquel hombre que rodaba por la colina pedregosa. Lo habían arrojado desde el monte Hancock, que tiene más de diez mil pies, pero no desde su cumbre, naturalmente, sino desde una de sus estribaciones. El hombre dio varias vueltas de campana en el aire y pareció como si fuese a

matarse. Por fin quedó sin sentido, sobre el lecho de un río seco. El pastor Neil se acercó a él.

Aquel predicador dedicado a la palabra de Dios no llevaba armas. Era lógico.

Pero estaba dotado de una voluntad implacable y un valor a toda prueba. Por eso se aproximó al caído, a pesar de estar convencido de que una banda de asesinos merodeaba por allí.

Los asesinos habían lanzado a aquel hombre para acabar con él y quizá no tendrían tampoco el menor inconveniente en acabar con el pastor de almas. Pero eso no impidió a Neil saltar de su caballo y levantar la cabeza del joven. Porque el hombre que había rodado montaña ahajo, tendría unos veinticuatro años.

Era muy fuerte: un verdadero atleta. Sus músculos y su rostro, tostados por el sol, indicaban que había vivido siempre al aire libre. Llevaba una camisa vaquera, unos pantalones téjanos, botas de buena calidad y un revólver. Parecía mentira que no se hubiese matado, después de la tremenda caída. Pero lo cierto era que sólo se llevaba maquinalmente la mano izquierda al brazo derecho, mientras gemía sin recobrar el sentido. Neil pensó que aquel fulano debía ser de piedra.

Descolgó su cantimplora de aguardiente. Neil pensaba que la palabra de Dios no estaba reñida con un trago, de tarde en tarde, y puso el gollete entre los labios del joven. Este tragó y empezó a toser. Unos instantes más tarde había recobrado el conocimiento y miraba a Neil con expresión de sorpresa.

—¿Quién es usted? —barbotó.

—Me llamo Neil y predico la palabra de Dios.

—Pues lárguese de aquí si no quiere predicar en sus propios funerales —dijo el joven, sin demasiadas contemplaciones.

—¿Por qué habla así?

¿No ha visto que un grupo de hombres me arrojaba desde arriba?

—Sí. Me ha parecido distinguir eso.

—Me han dado por muerto, pero si quieren convencerse de que lo estoy bajarán con sus caballos. Y en ese caso no doy un centavo por el alma de usted, predicador de las narices… ¡Ay! ¡Aaaaayy!

—¿Qué le pasa?

—El brazo derecho. Me parece que… que me lo he hecho polvo.

—Lo raro es que no se haya desnucado, amigo. Nunca he visto a un hombre dar tantas vueltas de campana en el aire. Siempre he soñado con presenciar un milagro y creo que Dios me ha dado ahora esa suerte: el hecho de que usted siga vivo después de esa

caída, debería figurar en el catálogo de cosas imposibles que ocurren en el Oeste.

—Yo mismo no comprendo cómo… cómo no la he diñado. ¡Pero lárguese de una vez!

El predicador no le hizo maldito caso.

—Poco fiel a mi misión sería si yo dejara a un hombre herido abandonado a su suerte —musitó—. Puede usted sufrir una conmoción interna que le provocará la muerte si no le atienden. Quizá se le haya reventado el hígado y usted no se enterará hasta dentro de una hora… cuando ya sea demasiado tarde.

—Pues sí que me anima…

Neil le volvió a dar un pequeño trago, mientras musitaba:

—¿Quiénes eran los fulanos que han querido matarle?

—Rivales.

—¿Rivales de qué?

De una partida de póker.

—No me diga que usted se dedica a esas actividades del diablo.

—Bueno… Modestamente, uno hace lo que puede —murmuró el joven—. Me gano la vida jugando a los naipes, lo reconozco. Esos fulanos creyeron que yo había hecho trampas, me llevaron a una encerrona, me robaron y me enviaron montaña abajo. De ese modo nadie les culparía de mi muerte. Parecería accidental.

—¿Pero usted había hecho trampas de veras?

—Bueno… Alguna… Un as en la manga… Y quien dice un as en la manga, dice una reina en la bota… Cosas que ocurren.

—Me parece que es usted un hijo de Satanás, amigo. ¿Cómo se llama?

—Nummy.

—Pues bien, Nummy: a pesar de ser un hijo de Satanás, no le abandonaré. El Señor me ha enviado para que haga una obra de caridad y yo no puedo negarme. Nummy parecía bastante desalentado. Se retorcía de dolor, aunque quería disimularlo. Parecía que las cosas se iban poniendo peor para él a cada momento que pasaba, lo cual hizo sospechar al predicador que podía ser verdad lo de las lesiones internas.

—Le llevaré en mi caballo —dijo.

—Se está arriesgando por mí… sin necesidad… Neil. ¿Pero puedo al menos saber a dónde se dirige?

—A la reunión anual de Yellowstone Lake.

—Lo mismo… Lo mismo que yo.

—Pero sospecho que los motivos de nuestro viaje son muy distintos, Nummy.

Sí… cierto. Yo iba allí a echar unas partidas… En el Yellowstone hay cada tío con pasta que es la monda…

—Pues yo voy a predicar.

—También es la monda.

—Calla, desgraciado.

Nummy se calló.

Mientras Neil lo acomodaba en su caballo lo mejor que podía, preguntó:

—¿Es la primera vez que vienes al Yellowstone?

—La primera vez.

—Entonces no sabes lo que sucede.

—Me han hablado de muchas ventas de pieles, y toda clase de artículos. Y de algunas partidazas que duran una semana entera.

—¿No te han hablado de las indias?

—¿Las indias? ¿Es que también juegan?

Neil picó espuelas y emprendió la marcha con suavidad, mientras su compañero se quejaba del brazo cada vez con más insistencia. Al cabo de unos instantes, explicó:

—Lo que pasa con las indias, es que sus padres las venden al hombre blanco. Y a veces las venden hasta sus propios maridos. Jamás he visto una depravación semejante en aquel lugar, convertido en Sodoma y Gomorra.

—¿Y usted va a predicar para que eso no ocurra?

—No sé si conseguiré evitarlo, pero al menos haré que allí se oiga la palabra de Dios.

Nummy susurró:

Mientras no se oiga alguna ba…ba…bala…

**Y** perdió el sentido. Neil tuvo que sujetarle bruscamente, para que no se cayese del caballo. Lo que cayó, en cambio, fue el as que llevaba escondido en el cuello de la camisa.

Pero Neil no se molestó en recogerlo. Sólo dijo, mientras lo veía volar:

—Está mal marcado. Estos jóvenes de ahora no saben ni jugar a las cartas…

# CAPÍTULO II

Toda la zona del Yellowstone tenía el aspecto provisional y desastrado que durante aquellos mismos años tenía la salvaje zona minera de Carson City. Había allí unos cuantos barracones fijos, pero la mayor parte de las instalaciones consistían en tiendas de campaña. Una enorme cantidad de carromatos —las célebres *galeras de la llanura* que con sus lonas blancas habían escrito la historia del Oeste—, se hallaban también esparcidas por el terreno. Cada una de aquellas galeras, cada una de aquellas tiendas era un almacén, una casa de cambio y un prostíbulo al mismo tiempo.

Cuando llegaron a la zona, el joven Nummy estaba hundido en una terrible postración. Tanto, que el pastor de almas, ansioso de predicar, pensó sin embargo que lo más urgente era ocuparse de él y buscar a un médico.

Se dirigió al barracón en que éste visitaba normalmente.

**Y** vio que, entre cuatro, sacaban un ataúd por la puerta.

Era un entierro en regla.

Neil preguntó:

—¿Qué pasa?

—El médico —le contestaron tranquilamente.

—¿Es que la ha diñado?

—Hace diez horas.

—¿Por qué?

—Se sintió mal y se tomó una de sus propias medicinas.

—Justo castigo del cielo —dijo Neil.

—¿Y su sustituto?

—Ha huido.

—¿Por qué?

—El año pasado vendió un anticonceptivo a un vaquero cuya mujer ya tenía diecisiete hijos y, hace poco, la dama ha dado a luz quintillizos. Total que ya son veintidós. Y el médico ha tenido miedo de que el vaquero viniese a darle veintidós veces las gracias.

Neil exhaló un suspiro de desaliento.

—¿De modo que no hay nadie que pueda atender a un herido?

—Si quiere, le doy la dirección del sepulturero.

Neil se alejó pesarosamente de allí. Comprendió que Nummy iba a poder recibir muy poca ayuda en tan salvaje lugar, pero, de todos modos, le animaba hecho de que el joven siguiera quejándose solamente del brazo. De modo que resolvió dejarle descansar en la tienda que él llevaba, apta para ser montada.

Era muy pequeña, pero al menos Nummy podría cobijarse allí.

Mientras el pastor de almas la montaba, vieron pasar a varias muchachitas indias. Las jóvenes iban con unos fulanos hechos y derechos que debían ser sus padres.

Se dirigían hacia unas carretas de aspecto sospechoso, situadas a no demasiada distancia.

Los dientes de Neil rechinaron.

—Ya está —dijo—. Esos malditos perros…

—¿Cree que van a vender a las chicas? —preguntó Nummy.

—Seguro. ¿Ves aquel barracón de madera, que hay junto a los carros?

—Claro que lo veo.

—Pues allí se desarrolla un espectáculo que pone la carne de gallina a un hombre con sentido común. Aquí hemos pasado por una guerra de cuatro años para abolir la esclavitud, y sin embargo la esclavitud aún existe. En ese barracón se celebran subastas para ver quién ofrece más por las chicas.

Nummy hizo un gesto de pesadumbre.

—No me gusta —dijo—. Uno puede ser un tramposo con los naipes, pero también es un hombre de principios. Lo que acabo de oír me da asco.

—Ya sé lo que voy a hacer —gruñó Neil.

—¿Qué?

—Mientras predico la palabra de Dios voy a pegar fuego a ese barracón.

—Pero los que están dentro querrán agredirle…

—Entonces, mientras predico la palabra de Dios, reparto guantazos.

—Puede que no estén conformes, ni aun así…

—En ese caso, mientras predico la palabra de Dios, les patearé las tripas.

—Me gusta su método de predicar, Neil. No sé si convencerá a mucha gente, pero al que convenza, lo convence de verdad. Eso, seguro.

—Voy allá.

Y fue a moverse, indicando mientras tanto a Nummy que le convenía quedarse a descansar en la tienda.

Pero entonces vieron algo que les heló, a los dos, la sangre en las venas.

Otros indios traían a una muchacha.

Pero ésta no era una indígena.

Esta era blanca.

Tendría unos diecisiete años.

Vestía como una piel roja y llevaba, al igual que ellas, la larga cabellera negra cayendo sobre su espalda. Pero sus formas opulentas, marcadas y, al mismo tiempo, juveniles, destacaban poderosas bajo el suave vestido de piel de gamo. Ninguna india tenía unas formas así. Ninguna india daba, tampoco, aquella sensación de virtud, de salud y de limpieza.

La chica iba con los ojos bajos.

Se notaba que la conducían a la fuerza.

Un piel roja que era un verdadero gigante, la sujetaba por los dos brazos y la empujaba materialmente hacia el barracón.

Neil repitió, haciendo muy poco honor al lenguaje de un predicador:

—Esos malditos perros…

—¿También van a subastarla? —preguntó Nummy, con expresión de incredulidad.

—Seguro.

—Pero ellos no pueden ser sus padres. Es una blanca…

—Como si lo fueran.

—No le entiendo, predicador.

—La debieron recoger de niña. Es una chica perdida por las montañas y cuyos padres están muertos, hace al menos quince años. La tribu la adoptó y ahora hay algún cerdo que quiere sacar provecho de ella.

Al decir *cerdo* señalaba al gigantón que la estaba empujando sin disimulos hacia la gran barraca de madera.

Nummy masculló:

—Hay que impedirlo…

—No sé cómo. Aquí no hay *sheriff*. Además, el mismo crimen es vender una muchacha india que una muchacha blanca. Lo que pasa es que con una muchacha blanca la cosa nos afecta más.

**Y** el predicador se dirigió hacia el barracón.

—De todos modos —dijo—, con unas cuantas palabras de Dios; unos cuantos guantazos y unos cuantos pisotones en las tripas, quizá yo consiga arreglar esto.

Nummy le siguió.

Parecía fascinado, no sólo por la dolorosa situación, sino también por la belleza casi irreal de la muchacha que conducían los indios.

Neil ni se dio cuenta de que le seguían.

Llegó ante el barracón cuando toda la *mercancía* femenina ya estaba dentro. Un hombre de alta estatura y facciones brutales, le

cortó el paso.

Usted no, predicador —dijo.

—¿Cómo sabe que soy un predicador?

—Por sus ropas y porque ya armó suficiente camorra el año pasado. No crea que no nos acordamos.

—Pues yo voy a entrar de todas, todas. Ese espectáculo miserable no se desarrollará ante mis ojos.

—Entonces le daré un consejo: ciérrelos.

Y fue a largar un guantazo al predicador para deshacerse de él.

Pero Neil gruñó:

—Yo he venido a predicar la… guantazo que te crió.

—…paz —añadió.

Patada en el bajo vientre.

—He venido a predicar la… gancho al estómago.

—…concordia.

Punterazo a la nuca, cuando el otro caía.

—También he venido a predicar la felicidad —dijo Neil, mientras apartaba al guardián, o mejor dicho lo que quedaba de él.

Y entró en la sala.

Nummy, fascinado, le siguió.

Sus ojos brillaban extrañamente.

Vio que aquello recordaba mucho a las ventas de esclavos, antes de la abolición de la trata. Las muchachas eran situadas encima de un cajón para que se las viese bien. Los hombres blancos pujaban. Nummy observó, con sorpresa, que los precios eran muy baratos aunque para los desalmados padres, hermanos o maridos debían resultar remuneradores. Porque una vez devuelta la chica por el hombre blanco, volvía a ser subastada al día siguiente.

Neil estaba a punto de saltar.

Pero le impresionó el tremendo silencio que se hizo, al ser puesta sobre el cajón la muchacha blanca. Un anciano con aspecto embrutecido por el alcohol estaba tras ella. Debía ser el responsable de la tribu y el que avalaba con su *prestigio* aquella *operación comercial.* Pero el que llevaba la voz cantante y el que sabía lo que había que hacer, era el indio de la descomunal musculatura.

—La muchacha no ha sido tocada jamás —dijo claramente—. Se llama Ana y tiene diecisiete años. Mi tribu la recogió cuando tenía pocas semanas de edad y hasta ahora nadie había pensado en venderla, pero los tiempos han cambiado. Esta mujer debe ganarse lo que se come. Admitimos ofertas superiores a los cuarenta dólares.

Era una cifra casi astronómica en aquel sitio, pero la muchacha valía mucho más. Su mismo aspecto desesperado y el terror que

reflejaban sus ojos, excitaba a según qué clase de hombres de los que estaban en el barracón. En seguida las voces empezaron a pujar:

—Sesenta.

—Ochenta.

—¡Ciento diez!

Eran cifras astronómicas, teniendo en cuenta lo que habían valido las otras chicas, pero no por eso se detuvo la miserable puja. Alguien gritó:

¡Ciento cincuenta!

El indio parecía entusiasmado.

Dijo:

—Ciento cincuenta a la una… Ciento cincuenta a las dos…

No llegó a terminar la operación.

Una voz calmosa y solemne dijo, entonces, a un lado del barracón:

—Mil dólares.

Todos miraron hacia allí, asombrados, porque la cifra pareció exorbitante. Incluso Neil, que ya iba a saltar lleno de furia, se quedó mudo.

El que acababa de hablar iba bien vestido, pero tenía un aspecto de pistolero profesional que helaba la sangre.

Llevaba dos revólveres. Las fundas estaban muy bajas. Suaves correíllas las pegaban a sus muslos. Los brazos largos rozaban las culatas de un modo maquinal. Los ojos duros, implacables, acerados, eran los de un asesino.

No estaba solo.

A su lado había un tipo algo más grueso, vestido con mucha elegancia, y que no llevaba armas. Sin duda era el patrono o el jefe del pistolero que acababa de hablar. Sus ojos viciosos recorrían con deleite las curvas de la chica. Sus labios se movían con cierta ansiedad, como los del *gourmet* que ya está degustando por anticipado, un plato fuerte.

El indio le miró con cierta sorpresa.

Pero en seguida musitó:

—Usted es un profesional, señor Barsel. Usted compra chicas, no las alquila.

Barsel debía ser el hombre gordo, no el pistolero. Fue él quien contestó:

Naturalmente que soy un profesional…, lo cual no impide que me guste ser el primero en disfrutar de esa chica. Cada año vengo aquí porque hay algunas muchachas indias que pueden servir para mi cadena de… de establecimientos especializados.

Desgraciadamente, este año no he visto nada que valiera la pena. Sólo la muchacha blanca. Por eso ofrezco mil.

Era una cifra que nadie se atrevió a discutir.

Pero, ante la sorpresa general, el indio negó con la cabeza.

—Si la quiere para un día, de acuerdo, señor Barsel. Pero usted la quiere para llevársela y explotarla en sus establecimientos.

—Claro…

—Entonces mil es muy poca cosa. Ana vale mucho más.

—Pongamos dos mil.

—De acuerdo… Dos mil, ya es una cifra más razonable. ¿Hay quien la aumente?

Dos mil a la una… Dos mil a las dos… Dos mil a las…

La voz dijo entonces, metálicamente:

—Dos mil quinientos.

Todos se volvieron con sorpresa hacia el sitio donde la voz acababa de sonar.

Y la sorpresa aumentó, cuando vieron quién era el que había hecho aquella fabulosa puja. Porque aquel hombre joven y con las ropas cubiertas de polvo, no parecía tener dos mil quinientos dólares. No parecía tener ni diez centavos.

Barsel le miró con sarcasmo.

Su pistolero, también.

—¿Quién es ese miserable? —preguntó Barsel.

—Me llamo Nummy.

—¿Y tú tienes dos mil quinientos pavos?

Ante la sorpresa general, Nummy mostró un fajo de billetes. Sin mirar a nadie en particular, susurró:

—Últimamente he jugado algunas buenas partidas.

—Pero tú no eres un profesional… Tú no quieres a la chica para sacarle jugo.

—Ese es asunto mío.

—Está bien… Entonces tres mil.

Nummy dijo rápidamente:

—Tres mil quinientos.

Se produjo un murmullo expectante en el barracón.

Nunca hasta entonces se había llegado a unas cifras tan altas. Y no era eso lo peor, sino algo que se mascaba. Algo que estaba en el aire y que se llamaba sangre…

Barsel dijo con indiferencia:

—Cuatro mil.

Había notado ya, que el fajo de Nummy no podía llegar a tanto. Y, en efecto, la derecha de Nummy tembló. Sus ojos vibraron un

momento mientras el indio gritaba, con voz entusiasmada:

—Cuatro mil a la una… Cuatro mil a las dos…

—Yo ofrezco algo que el señor Barsel nunca ofrecerá —dijo entonces Nummy, tranquilamente.

—¿El qué?

—Una bala.

Los rostros desencajados, sudorosos, se volvieron hacia él. La cara de Barsel dejó de reflejar burla, para reflejar alarma. Sin duda era un cobarde. Sin duda no sabía ir a ninguna parte sin el pistolero que le acompañaba, sin el siniestro guarda de *corps* que le cubría las espaldas.

Fue éste el que contestó por su dueño. Fue éste el que avanzó suavemente hacia Nummy mientras al instante se formaba un vacío entre los dos, una especie de mortífero pasillo por el que podían circular las balas.

—Quizá tú no me conoces —dijo.

—No.

—Me llamo Gulf.

—Sí… Puede que tu nombre me recuerde algo. Eres un asesino reclamado.

—Y bien pagado —dijo Gulf—. Pero tengo un defecto: el oído un poco débil. No sé si he escuchado bien lo de una bala.

—Lo has escuchado perfectamente —dijo Nummy, sin pestañear siquiera.

—¿Eso significa tal vez (aunque no puedo creerlo) que, a falta de dinero, vas a llevarte a esa chica a tiros?

Nummy sonrió secamente.

—Eres un chico inteligente, Gulf. ¿Cómo has podido adivinarlo?

—Práctica que tiene uno. ¿Y ya has pensado que yo también puedo tener algo que decir?

—Claro que lo he pensado.

Gulf rió secamente.

—Bueno… —dijo—. Después de todo, tienes buena suerte. La cuenca del Yellowstone es un sitio estupendo para que lo entierren a uno… La cosa estaba tan clara que el *pasillo de la muerte* que mediaba entre los dos hombres se hizo más ancho aún. Gulf acercó suavemente las manos a las culatas, mientras Nummy le contemplaba con expresión impávida.

Neil estaba helado.

Susurró:

—Pero, muchacho… Si tienes el brazo derecho hecho polvo…

Era una especie de seguro de muerte, era un *hándicap* que

Nummy no podría superar. Gulf pareció haberlo notado también, porque gritó:

—¡Ahora!…

Se movió velozmente.

Sonrió al disparar.

**Y** murió sonriendo.

Su bala se había empotrado en el suelo, por la sencilla razón de que ya tenía un plomo clavado entre las cejas, cuando apretó el gatillo.

Nummy había sido más rápido.

Increíblemente rápido.

Sopló en el cañón del revólver, mientras musitaba:

—Bueno, ha tenido suerte, al fin y al cabo. No todo el mundo se muere con esa cara…

En efecto, Gulf aún sonreía con la cara bañada en sangre. Aún no se había enterado de que estaba muerto.

Neil balbució:

—En el nombre del Señor…, ¿no tenías el brazo hecho polvo?

—En el nombre del Señor, cállese.

Era tiempo de que lo hiciera, porque otras preocupaciones iban a absorber, inmediatamente, la atención de Nummy. El indio gigantesco que había ofrecido a la chica, no parecía estar demasiado conforme con el resultado de la pelea.

Acababa de sacar de su cinto un cuchillo de desollar.

No avisó a Nummy.

Se lanzó a fondo con ánimo de sorprenderle. Sus dientes chirriaron. Buscó directamente el corazón de su enemigo. Alguien gritó:

—¡Cuidado!

Pero Nummy ya lo había visto. Nummy se había inclinado para sacar de su bota derecha un cuchillo corto, un arma digna de un tramposo de mesa de juego.

Su salto fue fulgurante.

Cuando el indio esperaba atravesar sin dificultad el corazón de un enemigo desprevenido, se encontró con el vacío ante la punta de su cuchillo. Hizo un rabioso zigzag al aire mientras gruñía como un animal en celo.

Nummy no se inmutó.

Ni parpadeaba, siquiera.

Tenía la cara de póker de un tahúr profesional que va ligando entre sus dedos una escalera de color.

Su cuchillo era más corto que el del indio, pero eso no parecía

importarle. Esperó a que se lanzara otra vez, hizo una finta, y entonces cambió increíblemente el cuchillo de mano, lanzándolo al aire con la derecha y sujetándolo con la izquierda. Eso hizo que el indio se encontrara el cuchillo ante un flanco que tenía completamente descubierto, porque no esperaba de ningún modo que le fueran a atacar por allí.

Intentó lanzarse hacia atrás.

Pero ya no tuvo tiempo.

La corta e implacable hoja había penetrado por una de sus axilas, la izquierda, y desde allí resbaló hacia el mismo lado del pecho. El tajo fue escalofriante y mortal de necesidad. Mientras lanzaba un aullido, el indio cayó hacia atrás bañado en su propia sangre.

Nummy dejó caer el cuchillo.

Aquel arma parecía repugnarle, de repente.

Y miró en torno suyo con expresión de indiferencia, mientras preguntaba:

—¿Dónde está Barsel? ¿Tiene algo que decir?

Pero Barsel se había esfumado. Sin su pistolero, no era nadie. Uno de los que asistían a la subasta, murmuró:

—Se ha largado, al ver que las cosas se ponían feas. Pero no se fíe usted por eso, Nummy.

—Lo supongo.

—Barsel tiene muchos hombres a su disposición. Le buscará implacablemente. Ahora es cuando corre usted auténtico peligro de muerte.

—Si me busca, será bien recibido —dijo Nummy, con la mayor tranquilidad.

**Y** salió del local.

La chica por la cual acababa de jugarse la piel, ya no parecía preocuparle. Pero el que, en cambio, estaba muy preocupado, era el predicador Neil. Este llegó de un salto junto a él.

—Nummy —dijo.

—Hola, ministro.

—Nummy, maldito seas. Me la has dado con queso.

—¿Por qué?

—En el brazo derecho tú no tienes nada.

—Reconozco que está bastante bien —dijo él, con el mayor cinismo.

—¿Por qué me has engañado?

—Algún día se lo explicaré, predicador. Ahora no puedo.

—Pero te has bebido mi aguardiente…

—Se lo pagaré.
—Has engañado al Señor.
—Hombre, tanto como eso…
—Lo que no entiendo es una cosa: caíste desde mucha altura. Te diste unas costaladas de espanto. ¿Cómo es posible que no te rompieras nada?
Nummy suspiró con cansancio:
—Todo fue una comedia, ministro, pero no puedo explicarle ahora, por qué. Crea que lo siento. Sin embargo le daré un detalle, si me promete dos cosas: no contarlo a nadie y no echarme de su lado.
—No pienso echar a una oveja descarriada como tú. Al contrario, la volveré a llevar a puntapiés al redil del Señor. Habla. Por toda respuesta, el joven extrajo de uno de sus bolsillos, un papel doblado. Estaba impreso en brillantes colores, y Neil se dio cuenta de que era, en realidad, el anuncio de un circo. En él se anunciaba:

**EL HOMBRE PANTERA.**
CAERÁ POR UNAS ROCAS DE DIEZ METROS DE ALTURA A LA VISTA DEL PUBLICO Y LUEGO SE BEBERÁ UN WHISKY CON ACEITUNAS. ¡LO NUNCA VISTO! ¡NO SE LO PIERDA!

Neil susurró:
—Muchacho, no me digas que el hombre-pantera eres tú.
—Dentro de la modestia…
—De modo que eres un especialista…
—Sí. Soy capaz de rodar, dando volteretas desde lo alto de las pirámides de Egipto, sin romperme una uña.
—Pero eso significa que…
—Sí, eso significa que todo ha sido una comedia.
—¿Los que te han arrojado, eran amigos tuyos? —Digamos más bien que eran compañeros.
—¿Pero qué es lo que preparabais, maldita sea?
—Repito que lamento no poder decírselo, ministro, pero algún día quizá lo sepa. Y ahora siga conmigo igual que si yo fuera un hombrecillo insignificante. Conviene que no llamemos la atención.
—Pues para no llamar la atención la has hecho buena, amigo. Todo el mundo está pendiente de ti…
Nummy lo sabía. Sus planes habían fallado, en parle, por causa

de una mujer. Al salvarla se había puesto en evidencia.

Pero no se arrepentía.

Hay cosas que un hombre honrado no puede consentir que pasen ante sus ojos. Y fue entonces cuando vio venir a la chica. Fue entonces cuando su mirada se encontró otra vez con la de aquella pequeña diosa.

# CAPÍTULO III

A ella le temblaban los labios. Al parecer, aún estaba tan asustada que no podía reaccionar. Lo único que consiguió fue plantarse delante de Nummy y decir con voz temblorosa: —Gra… gracias, señor.

Nummy sonrió, pero evitando mirarla fijamente. No quería dejarse subyugar por la belleza de la chica.

—No pienses en ello —dijo—. He hecho lo que tenía que hacer.

—Otros no… no lo hubieran hecho.

—Claro que sí, muñeca. Olvídalo… —hizo un gesto que quería ser optimista y añadió—: Pero ahora que pienso en la situación, me doy cuenta de que nuestros problemas no han terminado.

—Lo mismo me temo yo.

—¿De verdad te llamas Ana?

—Sí.

—¿Te recogieron los indios cuando tenías semanas de edad?

—También eso es cierto… Y hasta ahora se habían comportado muy bien conmigo. Incluso los jóvenes me respetaban sexualmente porque yo soy una blanca. Pero en los últimos meses todo ha cambiado.

—¿Por qué razón?

—Por la misma razón que lo está haciendo cambiar todo en este territorio —dijo ella, con voz débil—: el alcohol. El indio a quien usted ha matado, se puso de acuerdo con unos traficantes blancos y llegó a embrutecer a toda la tribu. A partir de ese momento no hubo más voluntad que la suya y… y pensó sacar dinero, vendiéndome. Para él dos mil dólares eran casi un sueño; una fortuna que ningún indio ha tenido jamás. Con ellos se hubiera dedicado también a traficar con chicas, tal vez de acuerdo con Barsel.

Nummy se puso un cigarro entre los labios, pero no lo encendió por temor de que a la chica le molestara el humo. En el fondo quería ser un hombre bien educado. Mientras miraba al vacío, murmuró:

—Supongo que no puedes volver a tu tribu, Ana.

—No. Ni quiero volver tampoco. No lo haría ni aunque me matasen.

—Pues la estancia entre los hombres blancos tampoco va a ser sencilla, por lo que veo. En fin, supongo que el predicador Neil podrá cuidar de ti. De vez en cuando, en nombre del Señor, atiza algún sopapo y alguna patada en la espinilla, pero en el fondo es un

buen hombre. No creo que mate a nadie, ni en Navidad, ni en Viernes Santo. Ahora bien, de los otros días ya no respondo.

La chica le miraba fijamente. Había lágrimas en sus ojos y había una mueca de desesperación en su boca.

Y sin embargo… ¡que hermosa era! ¡Qué suavidad había en su cara! ¡Qué ternura había en aquellos labios que jamás habían conocido el amor!…

—Señor… —musitó—, sea quien sea usted… No me abandone, ahora. Ha sido el único capaz de defenderme. Ha sido el único hombre que se ha jugado algo por mí… Nunca en mi vida me había ocurrido algo semejante, se lo juro… Nadie me había considerado una mujer hasta que… hasta que decidieron venderme. Si usted me deja ahora, creo que no sabré defenderme. Yo sola no iré a ningún sitio.

Sería inútil decir que las humildes palabras de Ana no enternecieron a Nummy. Sería inútil decir que éste no sintió, en el fondo de su alma, una angustia que no había sentido jamás.

Y sin embargo dijo, con voz casi seca:

—El predicador Neil cuidará de ti, Ana.

—¿Y por qué no puede hacerlo usted?

—Yo no puedo estar con ninguna chica, Ana.

—¿Por qué?

Nummy contestó suavemente, mirando al vacío: —Porque voy a casarme con otra mujer…

# CAPÍTULO IV

Dejando a Neil y a Ana en la peligrosa zona de Yellowstone Lake (ya que de momento el predicador no pensaba moverse de allí), Nummy montó en el excelente caballo que acababa de comprar a un criador indio y emprendió la ruta hacia el sur, bordeando los famosos montes Tetón. Allí estaba la ciudad de Jackson, en uno de los más bellos parajes que el ser humano puede encontrar en Norteamérica.

Pero Nummy no pensaba en la belleza del paisaje.

Con la mirada perdida, con una expresión en los labios que nada tenía de alegre, avanzaba sosteniendo entre ellos un cigarro sin encender. Permaneció taciturno mientras avanzaba hacia el sur hasta que, con un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió borrar de sus recuerdos la imagen de Ana. Después de todo, a la chica no le ocurriría nada porque estaba segura bajo la protección de Neil. Si éste empezaba a repartir balas en nombre del Señor, se iba a quedar solo. Por tanto nada le ocurriría a la chica. Mejor sería olvidarse de ella.

Cuando lo hubo conseguido, sus facciones se animaron un poco. Incluso se detuvo para encender el cigarro que durante tanto rato había llevado inútilmente entre sus labios.

Rascó el fósforo.

Fue a llevar la llamita a la punta.

Pero no llegó a encender nada.

La bala le rozó materialmente la nariz y se llevó por delante la llamita del fósforo. Nummy se estuvo quieto conteniendo, incluso, la respiración. Era lo bastante listo para darse cuenta de que no podía tratarse de Barsel ni de ninguno de sus hombres.

Caso de querer matarle, le habrían matado ya.

La segunda bala se le llevó por delante, la mitad del cigarrillo.

Menos mal que Nummy no se había movido, que si no…

Fue entonces cuando masculló:

—¡Eh, Mac!

—¿Qué pasa? —le respondió una voz desde detrás de unas rocas.

—Eso digo yo: ¿Qué pasa? Ya está bien de broma, ¿no? ¿O es que piensas gastar todas tus balas esta mañana?

El llamado Mac salió entonces. Era un hombre joven y vestido de negro. Ese detalle —lo fúnebre de sus ropas—, hacía que destacara aún con más fuerza la estrella de agente federal que

llevaba al pecho.

Señaló el rifle con el que acababa de hacer los disparos, mientras miraba a Nummy.

—Eso te probará lo vulnerable que eres —dijo—. Jamás he visto a un tipo avanzar tan distraído como tú. Te hubiese matado hasta un niño.

—Reconozco que estaba pensando en otra cosa —susurró Nummy.

—Justo lo que le gusta al jefe: que uno piense en otra cosa, cuando está trabajando.

Nummy hizo una mueca como si le acabaran de dar un puntapié en el hígado.

Murmuró:

—¿Es que el jefe está por aquí?

—Sí. Y me temo que quiere felicitarte.

—¿Por eso me has interceptado?

—Por eso y para demostrarte que hay que andar más listo, muchacho. Pero no te lo tomes a mal. Hala, vamos.

Los dos tomaron un sendero que había a la derecha y que estaba parcialmente oculto por las rocas entre las que había disparado Mac. Al cabo de unos diez minutos de galopar, encontraron una carreta detenida bajo unos árboles. Externamente parecía una carreta de emigrantes como otras miles y miles que se movían por el Oeste, pero Nummy sabía que esa apariencia era falsa. Dentro —y estupendamente protegido por sus pistoleros—, estaba uno de los hombres más implacables de Wyoming, el que mandaba a todos los federales que actuaban en la región.

Nummy descabalgó y entró en la carreta. Se quitó el sombrero respetuosamente.

Notó en seguida que su jefe, Ballister, tenía cara de tormenta.

—Siéntese, Nummy.

Nummy lo hizo a estilo indio, en el suelo de la carreta.

—Tengo la sensación de que no está usted satisfecho, señor —dijo, al cabo de unos instantes de silencio, al sentir en su rostro la mirada taladrante del otro.

—¿Cómo voy a estarlo? Me ensucio en su estirpe, Nummy. Ha modificado todos los planes por culpa de una mujer.

—Veo que se ha enterado de todo, señor.

—Un jefe de federales debe conocer al dedillo el movimiento de sus hombres. Y un federal debe ser lo bastante duro, lo bastante entero, para no comprometerse por una mujer. Creí que había aprendido esa lección, Nummy.

—Fue un caso de conciencia, señor.

—También es un caso de conciencia cumplir bien las órdenes que le son dadas a uno. Usted tenía que aparecer como un desgraciado, como un hombre con el brazo roto, como un pingajo. Todo fue preparado perfectamente. Mis hombres le despeñaron justo cuando pasaba el pastor Neil. Este le tomó bajo su protección y así tenía que haber seguido.

—Lo comprendo, señor.

—Una especie de ayudante del pastor Neil, un tío con el brazo roto no llama la atención de nadie. De ese modo hubiera podido investigar perfectamente. De ese modo hubiera trabajado realmente por su país al proteger el cargamento de oro más importante que ha cruzado jamás esta parte de Estados Unidos.

Nummy se mordió los labios con un gesto de contrariedad.

—Lo comprendo muy bien, señor. Y crea que lo…

—No, no me diga otra vez que lo siente porque eso ya no sirve de nada —le cortó Ballister—. Ahora todos los planes tendrán que ser modificados y no sé lo que resultará, Nummy, pero le hago responsable de cuanto suceda.

Se puso en pie, pues también estaba acuclillado al estilo indio, y desplegó un mapa que colgaba de una de las paredes de lona. Era un plano a gran escala de una de las zonas de la comarca. Nummy la supo identificar inmediatamente, porque ya la había estudiado antes.

La zona era el sector fronterizo que va desde Jackson, al sur de los montes Tetón, hasta la ciudad de Pocatello, ya en el Estado de Idaho. Incluía el Teton Pass, de unos tres mil metros de altura, el Swann Valley y dos cursos de agua: el río Cray Lake y el río Blackfoot.

Se trataba de un camino no demasiado extenso, pero accidentado. Incluso atravesaba las cercanías de la reserva de los indios Blackfoot, o Pies Negros, que eran terriblemente peligrosos. Pero aun contando con que los indígenas no se movilizaran, había mil lugares en la ruta para que cualquiera pudiese tender una emboscada. Ballister murmuró:

—No necesito repetirle cuál es su misión, pero quiero que se la meta en la cabeza porque ya la ha olvidado una vez. De Jackson va a salir un cargamento de oro destinado a Pocatello, en Idaho. Son fondos del Estado, como sabe. Están destinados a pagar a los indios Pies Negros unas pequeñas indemnizaciones de guerra, a abonar las pagas de los hombres de Caballería destacados en los fortines y, sobre todo, a proveer de fondos al primer Federal Reserve Bank que

empezará a funcionar en Idaho. Hasta ahora nuestra labor se ha visto muy entorpecida allí, porque no teníamos fondos. Resultaba casi ridículo que el Estado fuera insolvente, pero la verdad es que no había allí ningún Banco Federal.

Nummy afirmó con una lenta cabezada.

—Conozco muy bien esas circunstancias, señor.

Ballister señaló con uno de sus dedos el camino aproximado que seguiría el cargamento entre Jackson y Pocatello.

—El oro —dijo—, va en dos carretas con emigrantes. Esos emigrantes son matrimonios, o mejor dicho, simulan serlo. Dos matrimonios en cada carreta. Cuatro hombres y cuatro mujeres. Los cuatro hombres son tiradores endiablados y están dispuestos a partirle los cuernos a una mosca a doscientas yardas de distancia. En cuanto a las mujeres, las que fingen ser sus dulces esposas, son las asesinas más eficaces que tenemos por ahora en el Gobierno federal. Se trata de ocho personas que defenderán sus carretas hasta la última gota de sangre, pero el plan que yo he trazado es que no lleguen a verse en esa eventualidad.

—Lo comprendo, señor.

—Tienen que parecer unos emigrantes vulgares. No han de llamar la atención de nadie. De ese modo, según mi idea, llegarán a Pocatello con mucha más seguridad que si las dos carretas van custodiadas por un escuadrón de Caballería, que acabaría cayendo en una emboscada al cruzar los montes Teton.

Nummy hizo un gesto afirmativo, en silencio. Sus ojos recorrían cada punto del paso entre las montañas como si ya se encontrara en él.

—Todo podía haber ido normalmente —dijo Ballister, continuando con su explicación—, si no llega a haber un soplo. La noticia del envío había sido celosamente guardada, pero se filtró. Según mi impresión personal, una de las ocho personas que custodian los carros, uno de los cuatro hombres o una de las cuatro mujeres, es un traidor. Pero no sé cuál, y además el expediente de todos ellos es irreprochable. Por ello no puedo sustituir a nadie, porque tal vez eliminaría a un inocente y entonces aún sería peor.

—En ese punto tenía que entrar yo —dijo Nummy suavemente —. Por ello se me asignó esta misión.

—Cierto… Usted, Nummy, haciéndose el idiota, tenía que escuchar en el Yellowstone Park toda clase de conversaciones. Hay una sola cosa segura: la banda que piensa asaltar el convoy basándose en el soplo recibido, se congregará en la gran reunión del Yellowstone. Es el único sitio de Wyoming donde sus hombres no

pueden llamar la atención. El suelo más seguro que en estos momentos pueden encontrar para sus cochinos pies. Y usted —un hombre herido en el que nadie se fijaría—, tenía que estar atento, tenía que descubrirlos antes de que dieran el golpe y caer sobre ellos como un halcón. No en vano es el federal más experto con el cuchillo y e! revólver, que tengo en Wyoming. Pero ahora, ¿qué infiernos ha hecho? Media hora le bastó para convertirse en el hombre más famoso del Yellowstone. ¿Cómo cree que va a poder escuchar una conversación sin que la gente se dé cuenta en seguida de que está allí?

—Es cierto —dijo Nummy, con expresión reconcentrada—. Debería avergonzarme de lo que hice, pero le juro que no podía dejar abandonada a su suerte a aquella mujer.

—¿Por eso salió de la zona?

—Sí, señor. Me di cuenta de que lo había echado todo a rodar y quería recibir nuevas órdenes.

Ballister dijo, secamente:

—Las órdenes son éstas: queda relevado de su misión.

—¿Cómo?…

Aquellas palabras habían dolido a Nummy tanto como una bofetada en pleno rostro. Equivalían a una degradación.

—Procuraré encargar de ese trabajo a otro —murmuró Ballister —, si aún estoy a tiempo. En todo caso, usted no me sirve. Váyase, Nummy. Tiene quince días de permiso.

Nummy balbució:

—Pero, señor…

Ballister le miró socarronamente.

—No me diga que no los va a aprovechar… ¿No pensaba casarse?

—Eso iba a ser más adelante, señor. Cuando terminara mi trabajo.

—Pues adelante con la boda. Me han dicho que su novia le espera en Jackson.

—Es… es cierto, señor.

—No tengo nada más que decirle.

Nummy se mordió el labio inferior.

—Señor, le ruego que…

—Usted ya no me sirve para los planes que yo tenía trazados —dijo Ballister, secamente—. En el sentido humano no le acuso, pero en el sentido profesional ha sido usted un desastre, Nummy: Vaya a Jackson y aproveche el tiempo. La entrevista ha terminado. Fuera.

Era una orden.

Nummy se sintió tan humillado como si acabaran de abofetearle, pero comprendía que Ballister tenía razón. Para Ballister contaba sólo la eficacia, no los sentimientos. Nummy se sintió más fracasado que nunca.

Y, sin embargo, no estaba arrepentido de lo que había hecho. En el fondo de sí mismo algo le decía que, en un caso similar, lo volvería a hacer.

Salió del carromato.

Mac estaba entrenándose a lanzar su cuchillo contra el tronco de un árbol. Al verle de nuevo, musitó:

—¿Qué?…

—Quince días de permiso, que vienen a ser como quince patadas en un sitio que yo sé. El viejo me ha echado.

—Lo siento, muchacho. ¿Adónde piensas ir?

—A Jackson.

—¿A casarte?

Nummy perdió su mirada en la lejanía, mientras susurraba :

—Hace ya un año que se lo prometí a Mabel. Lo que me extraño es que, mientras tanto, no se haya casado con otro…

# CAPÍTULO V

En efecto, hacía un año que Nummy prometió a Mabel convertirla en su esposa. Un año durante el cual no había dejado de trabajar, de correr peligros, de ir de un lado a otro del Oeste sin acordarse de la mujercita que le esperaba y que había puesto toda su ilusión en él.

Ese era otro de los motivos para que Nummy se arrepintiera de lo que estaba siendo su vida.

Había prestado a Mabel menos atención que a un perro. Claro que ella sabía bien cómo era la existencia de un agente federal, y por eso no se lo reprochaba. Hasta se había resignado al último aplazamiento de la boda, decidiendo esperarle en Jackson hasta que él terminase el nuevo trabajo especial que le habían encargado. No se podía pedir más.

Y encima, Mabel no sabía cuál era ese *trabajo especial.*

Él no se lo había dicho. Jamás soltaba una palabra acerca de las misiones que le encomendaban, porque ése era el primer deber de un federal: el silencio. «Quizá Mabel pensará que me he largado con otra mujer». —Murmuró para sí mismo, mientras se rascaba la nuca —. Motivos no le faltan…»

Una súbita ternura se adueñó del ánimo del joven, mientras se aproximaba a Jackson. No podía negar que Mabel había sido paciente con él, lo había soportado todo, había sufrido desplantes, no por involuntarios, menos dolorosos. Mabel era una mujercita que quizá él no merecía, una mujercita que introduciría, por fin, una luz de felicidad en su existencia.

Nummy sonrió al recordar aquello.

¿Mujercita?

Diablos, la verdad era que Mabel no merecía ese calificativo. Lo de *mujercita* se les dice a las que son poca cosa. Mabel era todo lo contrario. Mabel era una *señora.* Tenía mucho de aquí, mucho de allí, mucho del otro lado. Cuando pasaba por la calle, los hombres se volvían ansiosamente a mirarla. La deseaban. Muchos de ellos debían sufrirla en sus pensamientos como se sufre una obsesión.

Nummy apretó los labios, al recordar todo aquello.

¿Cómo había sido capaz de dejarla sola tanto tiempo?

¿Y si le había ocurrido algo?

¿Y sí…?

Picó espuelas, inconscientemente.

Tenía interés en llegar cuanto antes a Jackson.

Dos días después de su entrevista con Ballister ponía los pies en la ciudad. Ya se había olvidado (al menos en parte) del disgusto con su jefe y pensaba que quizá aquello era una llamada del Destino para que se casara con Mabel de una vez. De modo que apenas hubo dejado su caballo en una cuadra donde le atendieran, fue al hotel en que ella dijo que estaba hospedada.

Se quitó el sombrero con un gesto educado, y preguntó al recepcionista:

—¿La señorita Mabel Smith?

El recepcionista le miró fijamente:

—¿Es usted el señor Nummy?

—Sí. ¿Cómo me conoce?

—La señorita Mabel me dio un recado para usted. Nummy palideció.

—¿Es que no está aquí?…

—Tranquilícese, no ocurre nada. Es que ella pensó que no le convenía estar en el hotel por pura precaución.

—¿Qué clase de precaución?

—Manías de la señorita. Ayer pasaron por aquí unos individuos que no le gustaron. Se hospedaron en el hotel y ella tuvo la sensación de que la miraban demasiado.

Nummy se mordió el labio inferior.

—¿Qué clase de individuos? —preguntó.

—Negociantes…

—¿Recuerda sus nombres?

—Recuerdo el nombre de uno de ellos, el que contrató las habitaciones. Gastaron mucho dinero, ¿sabe?

Unos auténticos caballeros… El que dirigía el grupo era el señor Barsel.

Los dedos de Nummy se crisparon sobre el *comptoir,* pero logró que aquella crispación no se notara en su rostro.

—Conozco al señor Barsel —dijo—. Es un *negociante* muy especial, y desde luego entiende de mujeres. ¿Qué pasó con Mabel?

—Pues… puede que le dijeran alguna insolencia.

—¿Algo grave? ¿Y nadie intervino para defenderla?

—Calma, señor Nummy, calma… No creo que fuera nada trascendental, puesto que, en todo caso, sólo se enteró ella misma. Quizá otra mujer no hubiese dado importancia a la presencia de aquellos señores, pero Mabel Smith es decente como la que más. Hasta un poco exagerada y todo… En el tiempo que lleva aquí, no ha salido del hotel ni una vez.

—Sé muy bien cómo es Mabel Smith. Siga.

—Bueno, pues se largó… Dijo que no quería tropezarse otra vez con ellos. Fue a la casa del señor Nolan, que estaba por alquilar, y contrató los servicios de uno de los guardianes del hotel para que la protegiera discretamente. Trabajo inútil, porque esta mañana el señor Barsel y sus hombres se han largado.

Nummy exhaló un suspiro de alivio.

—Y Mabel le dejó recado para que yo fuera a buscarla a casa del señor Nolan, ¿verdad? ¿Dónde está esa casa?

—Salga de la ciudad por el lado norte y verá un edificio de una sola planta, pintado de amarillo. Allí es.

—¿Es un edificio aislado?

—Pues eso me parece una imprudencia —murmuró Nummy, como si hablara consigo mismo.

—¿Pero de qué tiene miedo? La vigilaba un profesional, ya se lo he dicho. Además, dudo mucho que el señor Barsel se fijara realmente en ella, a pesar de que la señorita Mabel Smith es… es preciosa.

Nummy ya estaba hasta las narices de tanto *señor* Barsel.

Pero se aguantó. Y mientras daba secamente las gracias, se dirigió al lugar indicado. A la casa de Nolan. No le costó trabajo encontrarla.

Era, efectivamente, un edificio amarillo de una sola planta y estaba aislado. Fue aquel aislamiento lo que no le gustó. Cualquiera podía cometer allí una barbaridad sin armar ruido, aunque si a Mabel la vigilaba un profesional eso era imposible. Bastaría con que el pistolero gastase media docena de balas para poner en conmoción a la ciudad entera.

Nummy se acercó, sintiéndose más tranquilo.

Y, de pronto, todos sus músculos se tensaron.

De pronto, le pareció que el aire vibraba en torno suyo.

Porque en torno a la casa había huellas de caballos.

De muchos caballos.

De una verdadera banda…

# CAPÍTULO VI

Con una lentitud que él mismo no comprendía, el joven descabalgó. Los nervios le pinchaban de tal modo dentro del cuerpo, que le impedían moverse con rapidez. Dejó a su caballo tranquilo y entró en la casa. Ese fue otro detalle que le hizo estremecer. Porque la puerta estaba entornada, solamente.

Puso los pies en el interior.

Sus ojos se desencajaron.

Había huellas de pies polvorientos dentro.

Y vio también el delgado hilo de sangre.

Aquel acusador y chillón hilo de sangre que llegaba hasta las entrañas de la casa. Sin respirar, sintiendo que algo se rompía dentro de sus nervios, Nummy avanzó poco a poco por el pasillo.

Al fondo de éste vio al hombre. El hombre era joven y, sin duda, era él quien acababa de dejar aquel hilo de sangre, porque tenía una brecha en la frente. El culatazo que le habían propinado tuvo que ser de los que desmontan a un buey.

También era fácil que, antes, alguien le hubiera golpeado por la espalda.

Se estaba incorporando pesadamente, en ese momento.

Oyó llegar a Nummy.

Se volvió con rapidez e intentó gatear para alcanzar un revólver que estaba en el suelo, pero Nummy no se lo consintió. Con voz tan tranquila que a él mismo le pareció la de otro hombre, pudo decir:

—No tema, no soy un enemigo. ¿Usted es el hombre que contrató la señorita Mabel para que le protegiera?

—Sssss… Sí.

Los dientes del joven chirriaron.

Pero todavía conservaba en su cara aquella tranquilidad siniestra, cuando preguntó:

—¿Que ha ocurrido?

—Yo… yo le juro que…

—No hace falta que me lo explique. Si está en esa situación, es porque le han sorprendido y no ha podido defenderse. ¿Pero qué ha ocurrido realmente?

Su voz seguía sonando tan extraña, que le parecía la de otro hombre.

El pistolero no contestó.

Parecían faltarle las fuerzas.

Se limitó a señalarle, con un gesto lleno de impotencia, la puerta

que había al fondo.

Nummy fue hacia allí. Oía el tintineo de sus propias espuelas como si sonara en otro mundo. Empujó la hoja de madera.

Y vio algunas cosas que le hicieron estremecer.

Un zapato de mujer.

Una media desgarrada.

Un pedazo de vestido.

Un…

Fue hacia la última puerta.

Sus dientes chirriaban salvajemente, pero él no se daba cuenta.

No oía absolutamente nada. Oía tan sólo los latidos salvajes de su corazón desbocado.

Empujó la puerta y entonces de su garganta escapó aquel rugido.

Fue un rugido de bestia acosada.

Un rugido en el que se resumía un solo nombre: ¡MABEL!…

# CAPÍTULO VII

La muchacha intentó cubrirse. Lo consiguió en parte, pero su gesto fue vano. Nummy no se fijaba en su cuerpo, sino sólo en su cara. En su cara desencajada y recorrida aún por unos surcos sangrientos.

Mabel ahogó un sollozo.

Evitaba mirarle.

Durante unos segundos dramáticos, interminables, angustiosos, unos segundos que se hincaron como uñas en su piel, Nummy fue incapaz de decir una sola palabra, de hacer un solo gesto. Luego, poco a poco, como un autómata, fue a buscar la colcha y la depositó suavemente sobre el cuerpo de Mabel. Cuando el sollozo escapó de la garganta de la mujer, a él también le pareció que aquel sonido llegaba desde muy lejos.

El silencio volvió a hacerse terrible, insoportable.

Y, extrañamente, fue ella la que lo rompió para decir: —Nummy… ¿Tienes… tu revólver?

—Sí.

—Lo… lo necesito.

—¿Para quitarte la vida?

—Sólo te digo que… que lo necesito.

Nummy movió la cabeza negativamente con una extraña suavidad.

Todo aquello le obsesionaba.

Las ropas deshechas, las señales de los golpes, las pequeñas huellas de sangre…

—Tú no eres culpable de nada —musitó Nummy, al cabo de unos instantes—. El único culpable soy yo, por haberte dejado tanto tiempo sola. Por lo tanto, soy yo el que tiene que hacer funcionar el revólver.

Mabel no pudo contestar. Otra vez un sollozo rompió en su garganta.

Nummy preguntó entonces, de una forma maquinal, como si no fuera él quien hablaba:

—¿Cuántos?

—No… no sé. He perdido el conocimiento.

—Mejor. ¿Pero cuántos estaban ayer en el hotel?

—Me parece que… cinco.

—¿Los mandaba Barsel?

—Ese fue el nombre que dio…

—¿Un tipo bien vestido, más bien grueso, con mirada viscosa?

—Todo en él es… es viscoso.
—¿Cuánto tiempo hace de esto, Mabel?
—Pues no… no sé.
Era natural, si había perdido el conocimiento.
Pero Nummy tenía otras bases para un cálculo rápido. Por ejemplo, el tiempo que había estado sin conocimiento el guardián. A juzgar por la índole de sus heridas, podía haber estado sin sentido una media hora.
Por lo tanto hacía muy poco que los buitres estaban fuera de allí.
Aún podía perseguirlos.
Pero Nummy sabía que no se le escaparían, por grande que fuera el Oeste. Conociendo el nombre de Barsel, caería sobre él aunque se ocultara en el infierno. En este momento tenía cosas más importantes que hacer, y la más importante de todas se llamaba Mabel.
—Necesitarás un médico —bisbiseó.
Ella se estremeció brutalmente.
—No, por Dios… ¡Un médico, no!…
—Comprendo. Tienes vergüenza.
—Además lo… lo sabría en seguida toda la ciudad.
—Me hago cargo —dijo Nummy, provocándose sangre en el labio inferior al mordérselo tan rabiosamente.
—Por Dios, Nummy, no… no llames a nadie.
—Es que temo que pueda ocurrirte algo. ¿Cómo te sientes?
—¿Y qué… qué puedo decirte?
Pe supuesto, ella tenía razón. Se trataba de sensaciones absolutamente nuevas para Mabel. ¿Qué sabía ella si eran normales o, por el contrario, presagiaban la muerte? De un modo u otro, había que confiar en el Destino. La muchacha no consentiría jamás que la viese un médico.
—Vas a hacer una cosa —dijo Nummy—. Acuéstate.
—¡En esa cama, no!
—Habrá otra, supongo.
—Sí. Al lado.
—Yo te llevaré.
La tomó en sus brazos, envuelta en la colcha, y la transportó hasta la habitación contigua. Procuraba no mirarla, pero Nummy sabía que jamás volvería a vivir un momento así, un momento tan terrible y amargo. Sus nervios vibraban. Sólo cuando depositó a la muchacha en la cama y la tapó bien, se sintió, absurdamente, un poco más aliviado, como si las cosas empezaran a estar en orden.

—No me moveré de la casa —dijo a Mabel—. Si me necesitas llámame, pero procura no excitarte. Lo único que puede hacerte bien ahora es dormir. Y aunque sé que eso te va a servir de poco, ahora, recuerda una cosa: recuerda que te quiero más que antes, Mabel.

Fue a cerrar la puerta, pero se encontró con los ojos de la mujer.

Eran unos ojos que parecían mirarle desde el Más Allá.

—Nummy —susurró.

—¿Qué?…

—Mátalos. Aplástales las cabezas como si fueran serpientes de cascabel. Reviéntalos.

Y cerró aquellos ojos.

# CAPÍTULO VIII

El pistolero empezaba a recuperarse de veras cuando Nummy salió al pasillo. De una forma maquinal volvió a llevar la mano al «Colt» que ya se había metido en la funda.

—Calma —dijo Nummy—. Esos movimientos debió haberlos hecho antes.

—Le juro que… me sorprendieron.

—¿No oyó los caballos? El entorno de la casa está lleno de huellas.

—Precisamente en eso radicó la trampa.

—No le entiendo.

—Salí al porche al oír el ruido de los caballos, porque me alarmé, pero sólo tres de ellos estaban montados. Los otros dos no tenían jinete.

—Habían querido llamarle la atención, ¿no? Para hacerle salir…

—Eso es.

—No me diga más. Los otros jinetes estaban a los lados de la puerta esperando que usted saliese.

—Sí. Primero me golpearon en la nuca y… yo pude entrar. Quería avisar a la señorita Mabel, pero…

—Le alcanzaron y le atizaron también en la frente. Bien… Me doy cuenta de que todo lo tenían previsto. ¿Dice que eran cinco?

—Sí.

—¿Barsel?

—Oí perfectamente… que le daban ese nombre. ¿Pero cómo pregunta con esa tranquilidad, señor Nummy? ¿Es que no tiene sentimientos?

—Ya no los tengo —dijo sombríamente, Nummy.

—Hace poco que se han largado de aquí. Si quiere aún puede…

—No, aún no —dijo suavemente él, con expresión reconcentrada —. Lo primero, en este momento, es la salud de Mabel. Las próximas horas pueden ser decisivas y quiero que me tenga a su lado. Pero mañana saldré en persecución de esos hijos de perra y no habrá agujero en el infierno, lo bastante oculto para que puedan meter sus cochinas posaderas. Habrá cinco tumbas para cinco hombres. Y en cada una de ellas meteré una serpiente para que les haga compañía.

El otro se estremeció.

—Señor Nummy, usted… ¿es un profesional?

—Eso ya no importa.

Y señaló la salida de la casa.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Coster.

—¿Cuánto prometió pagarle la señorita Mabel?

—Veinte diarios.

—Aquí tiene cuarenta. Y váyase, Coster. No le necesito por el momento. Pero oiga bien una cosa.

—Diga, señor Nummy.

—Aquí no ha pasado nada.

—Com… comprendo.

—Si suelta una sola palabra que deshonre a Mabel Smith, si la gente se entera de lo que ha pasado, mi respuesta será solamente una, Coster: le mataré.

El otro se estremeció.

—No… no tema, señor Nummy.

—Adiós.

Cuando el otro se hubo alejado, Nummy sintió una insufrible congoja. Hasta aquel momento el odio le había dado una falsa fuerza, pero ahora sólo sentía pena. Una inmensa pena. Incluso por unos segundos, pensó que no le avergonzaría llorar. Pero se rehízo.

Tenía cinco citas con la muerte y a las cinco tenía que llegar puntual.

A partir de la mañana siguiente…

# CAPÍTULO IX

Aunque un refrán dice que las desgracias nunca vienen solas, hay otro que afirma que Dios aprieta, pero no ahoga. En el caso de Nummy se cumplió ese segundo refrán. La cosa no fue tan grave como él había temido, al menos en el aspecto sanitario. Mabel pasó buena noche, aunque con pesadillas, pero no tuvo ni una décima de fiebre, y a la mañana siguiente se sentía mucho mejor. En cuanto a su salud puramente física, la cosa podía considerarse superada… si mas tarde no tenía un hijo. Ahora bien, en cuanto a la salud moral, la herida abierta tan salvajemente ya no se cerraría nunca.

Nummy susurró:

—No tendré que llamar al médico. Lo que ha ocurrido no lo sabremos más que tú y yo, Mabel.

—Pero Coster…

—Coster guardará silencio o morirá. Es un trato razonable.

—Parece que tú haces muchos tratos razonables con la muerte…

—La muerte es una vieja amiga mía —dijo sombríamente él.

—Me temo que, en este caso, seas demasiado optimista, Nummy.

—¿Por qué?

—No es sólo Coster el que lo sabe, aparte de nosotros dos. También lo saben… otros cinco.

Los dientes de Nummy chirriaron.

Aquel pensamiento se le hacía insoportable.

Le atormentaba como una obsesión, le dolía como una aguja clavada al rojo en sus entrañas.

Pero, al fin y al cabo, aquel asunto tenía una solución rápida. De modo que dijo, con expresión sombría, sin mirar a la muchacha:

—Los muertos nunca saben nada.

—¿Vas… a acabar con ellos, Nummy?

—Tú mismo me lo pediste, ¿no?

—Anoche estaba… trastornada. Si has de arriesgar tu vida, no lo hagas. Bastante hemos sufrido ya.

—Esos hombres morirán de todos modos, Mabel. Morirán aunque tú los perdones y me pidas de rodillas que no los mate.

—Yo no digo que les haya perdonado, Nummy. No les perdonaré jamás, ni siquiera cuando reposen en el fondo de sus tumbas. Pero lo que te pido es que no te arriesgues.

Nummy se apretó dos dedos.

Estos produjeron un crujido de huesos.

Había una invisible tensión en é!, una tensión insoportable que

le llevaba por el camino de la muerte.

—Mabel —susurró—, voy a salir en su busca.

—Pero…

—No, no me digas nada. Sé que hay miles de cosas que podríamos decirnos ahora, pero todas son innecesarias. Sólo una cosa quiero prometerte, y es que te quiero igual que antes. ¡Ah…! Tampoco estará de más que te prometa otras dos cosas.

Ella no se atrevió a contestar. No miraba a ninguna parte. Sus ojos estaban perdidos en un punto imprecisable de la estancia.

—Esas dos cosas son: primera, no volveré a mencionar jamás lo que ha ocurrido. Segunda, las pieles de esas cinco hienas se pudrirán bajo cinco palmos de tierra. Eso es todo, Mabel. En cuanto a ti, te ruego que vuelvas al hotel. Creo que, pese a todo, estarás allí más segura. Y ahora… adiós.

Salió poco a poco de la habitación y de la casa.

Una honda angustia le impedía respirar.

Era una angustia que llegaba a dejarle sin fuerzas, pero él sabía que para aquella enfermedad había una medicina capaz de curarla. Cinco muertos…

# CAPÍTULO X

Saliendo de la ciudad de Jackson, se dirigió hacia la frontera de Idaho. Los cinco hijos de perra podían haber ido a dos sitios después de su delito: hacia el Estado vecino o hacia la zona del Yellowstone, donde podían confundirse con la multitud de tramperos y comerciantes recién llegados. Pero Barsel ya había estado allí y había visto morir a Gulf, su mejor pistolero. Por lo tanto le reconocerían con mucha facilidad.

Era lógico pensar que buscaría aires más tranquilos al otro lado de la frontera.

Por eso Nummy se dirigió hacia el Teton Pass.

Tomó, sin pretenderlo, pues en realidad seguía pensando en otra cosa, el camino utilizado por el cargamento de oro. Él ya no tenía por misión protegerlo, e ignoraba las medidas que Ballister había adoptado al respecto, pero se prometió a sí mismo que intervendría en caso necesario. Por el hecho de que le hubieran relevado de su misión, no pensaba abandonarla.

Distinguió las huellas de un grupo de cinco hombres que se dirigían hacia Idaho. No le cupo la menor duda de que se trataba de los hombres de Barsel, y, por lo tanto, él se hallaba sobre la buena pista.

Pero distinguió también las huellas de las dos carretas.

Estaban muy marcadas. Las ruedas se habían hundido fuertemente en el suelo, dejando unos enormes surcos. Cualquier observador se daría cuenta en seguida de que aquellas dos carretas llevaban una *mercancía* muy pesada en sus vientres. Cierto que todo había sido calculado cuidadosamente, porque las galeras que cruzaban el Oeste en busca de nuevas tierras podían cargar entre dos mil quinientos y cuatro mil quilos, a consecuencia de lo cual necesitaban ser tiradas por ocho mulas o por seis bueyes. Pero, al transportar oro, aquellas dos carretas pesaban algo más del máximo. Quizá algunos bandidos de los que siempre merodeaban por la frontera se darían cuenta de este detalle.

Era una situación peligrosa.

Aparte de ello, y como había dicho Ballister, un grupo podía estar en el secreto de lo que se transportaba allí. En cualquier momento, y con la complicidad de uno de los cuatro hombres o las cuatro mujeres, las carretas podían ser asaltadas.

Pero Nummy dejó de pensar en eso, al cabo de poco tiempo.

Algo más inquietante llenaba su cerebro.

Las huellas de los cinco hombres se dirigían hacia la población de Swan Valley dejando atrás la Reserva Palisade.

Nummy estaba seguro de que los encontraría allí y por eso apresuró el paso de su caballo. Llegó a Swan Valley un día y medio después de su salida de Jackson, cuando ya sobre la ciudad caían las sombras de la noche.

Como no quería caer en ninguna emboscada, actuó, al principio, igual que un viajero sin importancia. Dejó su caballo en una cuadra pública y se dirigió al *saloon* de la ciudad —sólo había uno—, donde estaba seguro de que podría solicitar noticias de los cinco hombres. Eso si no se los encontraba allí, cara a cara.

Se acodó en la barra y bebió una cerveza fría. Luego pagó, dando una excelente propina al camarero. Pidió otra cerveza.

El camarero no era tonto.

Supo que aquel desconocido buscaba algún informe.

Se acodó frente a él, mientras le miraba fijamente.

—¿Qué quiere saber?

—Oh, poca cosa… ¿Ha habido movimiento de viajeros en el último día?

—Bastante. Usted ya sabe que la gente que atraviesa el Teton Pass suele dar con sus huesos aquí.

—¿Alguien le ha llamado la atención, entre esa *bastante* gente de que habla?

—Bueno, pues… han pasado dos carretas.

—¿Dos carretas?

—Emigrantes vulgares. Iban dos matrimonios en cada una de ellas. Los hombres se han detenido a beber y han preguntado si la ruta era peligrosa. Parecían bastante despistados. Luego han seguido.

Nummy sonrió para sus adentros.

Los dos *matrimonios* que iban dentro de las carretas, conocían bien su papel. Eran capaces de hacerse el despistado hasta en el infierno. Pero cuidado con que alguien les buscara las cosquillas…

—¿Alguien más? —preguntó Nummy—. De acuerdo con que las carretas han seguido su camino. Pero ¿han pasado también cinco hombres? Métase ese número en la cabeza: Cinco hombres…

El camarero hizo un signo de inteligencia.

—Supongo que se refiere a los del señor Barsel…

—Es usted un hombre que sabe por dónde anda —susurró Nummy, mientras pasaba otro billete por encima de la barra—. Sí, me refiero a los del señor Barsel.

—Él es muy conocido aquí. Ya sabe que se dedica a la trata de

chicas…

—Un oficio honrado, como otro cualquiera —dijo siniestramente, Nummy—. Un oficio que da gusto.

El camarero se guardó el billete.

—El señor Barsel ha estado aquí muy poco tiempo —dijo—. Parecía tener prisa, como si le dominara la sensación de que alguien le estaba persiguiendo. ¿Tal vez sabía que le perseguía usted?

—Ese es asunto mío —dijo sombríamente Nummy—. ¿Hacia dónde han seguido?

—No han seguido todos, amigo mío. Uno de los hombres se ha quedado aquí.

Nummy apretó los labios.

Era una gran noticia.

De una forma maquinal, se llevó la derecha a la culata del revólver.

—¿Sí? —dijo, procurando disimular su interés—. ¿Y dónde está?

—En la casa de Bradford.

—¿Qué es la casa de Bradford?

—Un lugar donde hay alguna chica. Forma parte de la *cadena* de Barsel. Supongo que ese hombre se ha quedado para pasar cuentas y para recoger los beneficios.

Nummy dijo suavemente:

—Gracias. Y una última pregunta: ¿dónde está la casa de Bradford?

—Salga a la derecha como si fuera a tomar el camino de Idaho Falls y verá una casa pintada de rojo.

El joven deslizó un nuevo billete sobre la barra. No le importaba el dinero en un asunto así. Luego salió.

Sus pasos recorrieron el camino que llevaba a Idaho Falls.

Sus ojos estaban entrecerrados.

Sus labios formaban una mueca cruel.

Distinguió la casa.

Un edificio bastante hermético, de dos pisos y con aspecto bastante silencioso.

Era lo típico, en aquella clase de negocios.

Nummy entró.

Un individuo alto, de prominentes músculos, estaba en una especie de garita a la izquierda. Le miró con los brazos en jarras.

—¿Qué quiere, amigo? —preguntó.

—¿Pregunta qué quiero? —susurró Nummy—. Es fácil de adivinar, ¿no?

—¿Viene interesado por alguna chica? ¿Por quién?

Como Nummy no sabía el nombre de ninguna, dijo suavemente:

—Soy forastero, pero me han recomendado este sitio.

—Muy bien, entonces deje su revólver. Se lo devolveré cuando salga.

Nummy apretó los labios. No había tenido en cuenta aquel detalle, precisamente por su falta de experiencia en sitios semejantes. Pero si se quedaba sin revólver, no podría *saludar* al hombre a quien pensaba dejar sin pellejo, de modo que dijo:

—Sí, amigo. Tome.

Fue a desceñirse el cinto.

Mejor dicho, lo fingió.

De pronto, su puño derecho salió disparado. La mandíbula del guardián se rompió como si fuera de cristal. Fue el gancho más duro, más implacable y salvaje que Nummy había dado en toda su vida.

El individuo resbaló hasta el suelo.

Aún tuvo energías para intentar sacar el «Colt».

Pero Nummy le puso el pie sobre la mano derecha, amenazando con destrozársela. El otro lanzó un débil gemido.

—Busco al enviado del *señor* Barsel —dijo Nummy, ya sin rodeos —. Supongo que ha venido aquí a repasar las cuentas.

—Lo… lo ha hecho ya…

—¿Dónde está?

—Se ha ido…

Nummy no estaba dispuesto a creer a aquel tipo, a la primera. Hizo más fuerte la presión sobre la mano, amenazando con destrozarla. El dolor debió ser insufrible.

—Si… si… sigue aquí —dijo el otro.

—¿Dónde?

—Se ha ido con… una chica.

—Quiero saber en qué habitación.

—La tres.

Nummy dijo suavemente: —Gracias, hermano.

Y le atizó un formidable punterazo a la mandíbula, dejándole sin sentido. Aquel fulano no estorbaría al menos en media hora, de modo que a Nummy le sobraba tiempo.

Ascendió unos peldaños de madera.

Vio unas puertas.

Sus ojos se entrecerraron peligrosamente.

La tres.

Pero aquella puerta se abrió, de pronto. El tipo que estaba dentro debía haber captado algún ruido sospechoso *y* quería ver lo

que pasaba. Nummy vio a un hombre moreno, en camiseta, que asomaba con un «Colt».

Aquel fulano fue increíblemente rápido.

Más de lo que Nummy esperaba.

Hizo fuego una vez y estuvo a punto de llevarse por delante una de las cejas de Nummy. Este echó suavemente la cabeza hacia atrás, mientras también disparaba.

Su enemigo se estremeció.

Sufrió una especie de atroz calambre en toda la parte izquierda del cuerpo.

La bala le había penetrado entre dos costillas, dejándole sin respiración. Con un movimiento espasmódico, soltó el «Colt» que aún sostenía en la derecha.

Nummy adelantó el cañón.

Le empujó con él en la cara.

Lo derribó, como un fardo, al interior de la habitación.

La chica se había cubierto con las ropas y gemía sordamente. Era muy joven. Pero Nummy dejó de prestare atención para clavar sus ojos acerados en el hombre caído en tierra.

Este farfulló:

—No… no sé quién eres…

—Ese es un detalle que se arregla en seguida, amigo mío. Me llamo Nummy.

—Nunca… te había visto… No tienes ninguna cuenta conmigo.

—Pues antes te has espabilado en darme la bienvenida.

—Es natural que dispare… contra… contra todo aquel que ataque al guardián de la puerta. Este es un negocio peligroso.

—Y tan peligroso, amigo… Y tan peligroso…

—Repito que no puedes tener nada… contra mí.

—Contra ti y contra otros cuatro.

—¿Por qué?

—Tú eres uno de los hombres de Barsel.

—Sí…

—Habéis pasado por Jackson.

—Sí…

—Y os habéis detenido en una casa pintada de amarillo.

El hombre caído en el suelo pestañeó.

—¿Una casa pintada de amarillo?

—Es posible que no te fijaras en el color —dijo, amablemente, Nummy—. Claro… ¡Teníais otra cosa metida en la cabeza! Pero no hay duda de que te fijarías en la chica. Y de qué modo…

—¿Qué chica?

Nummy hizo una mueca de asco.

Había una clase de cerdos que le repugnaba el doble que los otros.

Los cerdos que, encima, no querían reconocer sus actos.

Por eso susurró:

—Bueno, muchacho… Si no te acuerdas, pero para ti. Tendrás toda la eternidad para ir haciendo memoria.

De todos modos, aún no había tocado el revólver, que volvía a estar en la funda. Pensaba matar a aquel hombre, pero no hizo el menor gesto que indicara que iba a matarlo precisamente en aquel momento.

Las cosas se precipitaron, entonces. Se precipitaron de tal modo, que Nummy estuvo a punto de dejar la piel a causa de su optimismo. Fue la muchacha la que las complicó, ayudando inesperadamente al caído.

Por debajo de las ropas le deslizó hasta su derecha un pequeño «Colt» de tahúr, un arma de dos tiros.

—¡Toma! ¡Defiéndete, Bill!

El llamado Bill intentó defenderse.

Era una oportunidad.

Todos sus músculos se crisparon, mientras intentaba adelantar la derecha.

Pero Nummy no estaba distraído. La nueva situación le había causado una sorpresa, pero no le había desbordado de ningún modo. Tiró a través de la funda, mientras musitaba:

—Descansa en paz.

Bill quedó rígido.

Había alzado medio cuerpo y lo volvió a dejar caer, como si fuera un bloque.

Entonces Nummy volvió sus ojos helados hacia la muchacha.

Esta temblaba espasmódicamente:

—No… —bisbiseó—. No…

Estaba seguro de que Nummy iba a matarla.

Pero Nummy hizo un gesto de asco, mientras se dirigía a la puerta. Con voz cargada de desprecio, musitó:

—Hay mujeres que siempre serán unas zorras, y tú eres una de ellas. Ni siquiera dejarás que un hombre honrado te salve. Peor para ti.

Y salió.

El portero aún seguía *roncando.*

Nummy le dejó un dólar encima.

—Toma —dijo—. Para que el herrero te ponga otra vez la

mandíbula en su sitio, a martillazos…

# CAPÍTULO XI

Ahora Nummy estaba más tranquilo, en cierto modo, porque había vengado una quinta parte del crimen que cometieron con Mabel. Pero aún le quedaban otras cuatro partes por vengar. Aún tenía que contribuir amablemente a que otros cuatro pajarracos bajasen cacareando a la tumba.

Y sabía que la cosa sería más difícil cada vez.

Era evidente que Bill tendría que ponerse en contacto con su jefe de un modo u otro. Y Barsel, extrañado ante su silencio, empezaría a sospechar y redoblaría la vigilancia.

Por eso el joven avanzó con menos prisas.

Pero siempre siguiendo las huellas.

Nummy era un buen rastreador y por eso las marcas en los caminos eran para él como un libro abierto. Supo darse cuenta de que cuatro hombres, con los caballos bien herrados, seguían el camino de las dos carretas. Debían estar a muy poca distancia, por lo que dedujo que no tardarían en alcanzarlas. Pero unas millas más allá de Swan Valley, antes de llegar al Gray River, las huellas de los cuatro hombres se desviaban. Parecían no tener el menor interés en alcanzar a las carretas. Daba la sensación de que Barsel y sus pistoleros no se dirigían hacia Idaho Falls, sino más al norte, hacia la ciudad de Rigby.

Nummy vaciló un momento.

Por un lado, su impulso era el de seguirlos ante todo, pero, por otro lado, pensó que debía prevenir a los de las carretas. No le hacía gracia que cuatro hombres, cuatro auténticos asesinos, las hubieran estado siguiendo durante tanto tiempo. Podían saber algo o preparar alguna trampa.

Por eso el sentido del deber se impuso en Nummy, decidiendo aplazar por unas horas el resto de su venganza. Forzó la marcha de su caballo y no tardó en alcanzar las carretas cuando ya la noche había caído del todo.

Vio una fogata.

Y el reflejo de las lonas blancas.

Pero no vio gran cosa más, porque inmediatamente tuvo que lanzarse de su caballo.

El disparo por poco le deja seco.

Si había sido un disparo de aviso, no lo parecía. Un hombre menos rápido que Nummy se hubiese dejado allí la piel.

Nummy masculló:

—¡Eh, maldito…!

Veía el reflejo del cañón de un rifle. Alguien se acercaba a él.

—Quieto —dijo una voz—. Quieto ahí y no dejes de batir palmas. Si callas un solo momento te mato…

Nummy tuvo que quedarse quieto en el suelo y aplaudir, encima. Era el truco empleado por todos los centinelas del mundo para convencerse de que el hombre a quien vigilaban no podía manejar ningún arma. Por fin, el tipo llegó a su alcance Y masculló con asombro:

—Nummy…

—Por poco me afeitas —dijo Nummy—. Y encima, he tenido que aplaudir el disparo. ¡Qué mono!…

—Comprende que tenemos que mantener la vigilancia —dijo el del rifle—. En principio, cualquier jinete que se acerque de noche es sospechoso.

Nummy se puso en pie mientras sonreía.

—Claro que sí, Barness. Has hecho bien. ¿Dónde están los otros?

—Entre los carromatos, con las armas preparadas. Procura que te vean la cara en seguida, porque son capaces de darte masaje de plomo a pesar de venir conmigo.

—Desde luego estáis prevenidos…

—¿Pues qué te creías?

—Me alegra comprobarlo —dijo Nummy—. Precisamente, si he venido hasta aquí es porque no estoy demasiado tranquilo.

Se acercaban en línea recta a la fogata, de modo que se les viera bien. Eso, y el diálogo tranquilo que sostenían, hizo que las otras siete personas bajaran sus armas y se acercaran poco a poco.

Todos conocían a Nummy.

Le saludaron mientras le invitaban a sentarse en torno a la fogata y le preparaban un pocillo de café.

Mientras tanto le asaeteaban a preguntas:

—¿Qué pasa?

—¿Es que hay alarma?

—¿Te han relevado de este servicio, Nummy?

Nummy fue contestando con calma a todos aquellos interrogantes. Dijo, que, en efecto, ya no intervenía en aquel asunto, aunque por conciencia del deber prefería no perder la pista de las carretas. Dijo, también, que cuatro hombres de Barsel les habían estado siguiendo para desviarse en el último momento como si fueran a la ciudad de Rigby. Pero eso no acababa de gustarle.

—Nosotros no hemos notado nada —dijo uno de los hombres.

—Pues iban a poca distancia.

—De todos modos no nos atacarán. Estamos prevenidos.

—Ya lo he vito —dijo Nummy sonriendo.

—Y tampoco se atreverían cuatro hombres a lanzarse al asalto de estas carretas. Nosotros somos ocho y estamos parapetados. Necesitarían estar locos. —Cierto —dijo Nummy—, pero el hecho de que ahora sean cuatro, no significa nada. Pueden reunirse muchos más en cualquier momento. Además…

Se detuvo porque no quería seguir hablando. Una de las mujeres preguntó:

—¿Además qué?…

—No, nada. Era una tontería.

No podía decir que, según sospechaba Ballister, uno de los ocho era un traidor. Uno de los ocho había dado el soplo y ayudaría a los atacantes desde dentro.

¿Pero quién?…

Miró suavemente a los cuatro hombres y a las cuatro mujeres. Todos tenían un historial irreprochable, y, en especial, las cuatro mujeres habían sufrido tanto en esta vida, pasando por tan malos tragos antes de entrar al servicio de los federales, que no era fácil quisieran perder aquel empleo que al fin y al cabo, les garantizaba un porvenir digno. Pero nada podía afirmarse con seguridad, porque el alma humana es insondable, y su ambición también.

—¿Alguien os está protegiendo por los flancos? —preguntó—. ¿No tenéis una vigilancia exterior?

—No. Ballister ha creído mejor que parezcamos, en todo, dos carretas de emigrantes algo despistados.

—Al pasar por Jackson disteis esa sensación —dijo Nummy sonriendo—. Bien… Como todo está en orden, os aconsejo que descanséis. Yo puedo hacer la guardia.

Norman, uno de los federales, le hizo un gesto negativo.

—Nada de eso, Nummy. Tenemos ya nuestros turnos establecidos desde la salida, de modo que sería un lío cambiarlos. Descansa tú en la carreta que prefieras y mañana seguiremos nuestro camino. Déjanos hacer.

—Tienes razón —dijo Nummy—. Yo sé bien lo que es alterar un turno de guardia.

Dio las gracias a sus compañeros y se retiró a una de las carretas. Se había dado cuenta de que a pesar de viajar allí juntos cuatro hombres y cuatro mujeres fingiendo ser otros tantos matrimonios, y a pesar de estar todos en edad de gustarse mutuamente, ni uno de ellos se permitía el menor desliz. Eran lo bastante conscientes para saber que su misión estaba ante todo. De

modo que se durmió plácidamente.

Estaba seguro de que aquella noche no habría ningún peligro.

Norman tenía el primer turno de guardia y se colocó a distancia de la fogata, de modo que no se le viese. Así podría sorprender a cualquiera que se acercase demasiado.

Sentado en cuclillas, esperó, como un indio. Precisamente había bastantes indios por allí.

Y eran peligrosos.

Pero nada ocurrió, porque la calma era absoluta. Media hora más tarde, una de las mujeres se deslizó fuera del carromato.

Fue hacia una zona de matorrales, a cierta distancia de allí.

Sin duda iba a satisfacer una necesidad natural. Norman, que lo había observado todo con ojos entrecerrados, no hizo ningún movimiento. Pero cuando tuvo la absoluta seguridad de que la chica no podía verle, se deslizó él también tras sus huellas.

No hacía el menor ruido.

En apariencia, iba a aprovecharse de la situación, procurando satisfacer sus bajas pasiones y cayendo sobre la muchacha en un momento muy delicado para ella. Pero la realidad no era tan sencilla. Norman se detuvo junto a un árbol de tronco agujereado que había a poca distancia. Precisamente él había elegido aquel sitio para acampar, a causa de la existencia del árbol.

Silenciosamente pasó la mano hacia el interior del tronco.

El hueco era lo bastante grande para que en él pudieran ocultarse dos mocasines como los que llevaban los indios Pies Negros, además de un arco y dos flechas.

Norman se quitó las botas y se calzó los mocasines, mientras preparaba el arco y una de las flechas. Luego avanzó hacia donde estaba la chica.

A partir de aquel momento, las huellas que dejaba eran las de unos mocasines indios. Preparó el arco.

La muchacha ya se ponía en pie entre los matorrales, mientras ajustaba de nuevo su falda. Y, a partir de aquel momento, no se dio cuenta de nada de lo que ocurría.

Ni siquiera sintió dolor.

La flecha le penetró por la nuca, atravesándola por completo y llegando hasta su garganta. No se produjo ni un solo ruido. La chica cayó de bruces, mientras por su boca fluía la sangre.

Norman retrocedió de espaldas.

Era muy hábil.

Puso exactamente los pies en las huellas que había dejado anteriormente. De ese modo daba la sensación de que el indio no

había retrocedido, sino que se había perdido entre los matorrales, después de disparar la flecha.

Una vez junto al árbol se calzó de nuevo las botas y guardó los objetos cuidadosamente en el hueco del tronco. Sabía que nadie los buscaría allí, puesto que lo lógico era que el *indio* hubiese huido calzado con sus mocasines y llevándose el arco y sus flechas.

Pero, de todos modos, ni ese riesgo tuvo que correr. Vio una sombra que se deslizaba cerca del árbol.

—Eh… Norman…

La voz era casi inaudible.

Pero Norman la reconoció.

—Barsel… ¿Cómo te has arriesgado a venir tú mismo?

—Quiero saber si todo ha ido bien.

—Perfecto. Ya hay una mujer menos.

—¿No la sustituirán?

—No pueden. No quedan más federales en toda esta zona. Nummy está relevado del servicio y, además, ya procuraré quitármelo de encima pronto.

—¿Has encontrado el arco y los mocasines en el sitio convenido?

—Todo ha ido perfectamente, Barsel.

—Pues dámelo todo. No es fácil que busquen en ese hueco del tronco, pero por si acaso… Y ahora vuelve. No conviene que sospechen.

Norman hizo un gesto de asentimiento.

Volvió junto a los carromatos, mientras Barsel se llevaba aquellas pruebas que podían comprometerle.

Lo primero que hizo fue despertar a Nummy.

—Eh, Nummy… Muchacho…

El federal se incorporó de un brinco.

—¿Qué pasa?

—Nada, pero puede pasar. Una de las muchachas ha ido a hacer una necesidad.

—Bueno, ¿y qué? Cuerno, si por una cosa de ésas me vas a despertar, estamos listos…

—Es que hace ya demasiado rato de eso. Me he acercado para ver qué pasaba y me ha parecido ver huir a un indio Pie Negro. No estoy seguro de nada, pero prefiero que nos pongamos alerta.

Nummy saltó del carromato.

—Eso es otra cosa —dijo—. Avisa a los demás, pero que se queden al menos dos vigilando los carromatos. Puede ser una encerrona.

—Por supuesto…

Y Norman se movió con gran celeridad. Cualquiera hubiese dicho que su angustia era auténtica. Unos segundos después, estaban todos en pie de guerra con las armas preparadas.

Dos se quedaron junto a los carromatos.

Los otros seis, incluido Nummy, avanzaron.

—He llegado hasta aquí —dijo Norman, señalando el árbol—. Más allá no me he atrevido por si era una trampa.

Sn efecto, se distinguían sus huellas hasta allí. Pero más allá del árbol sólo eran visibles las huellas de unos mocasines, lo cual indicaba que, en efecto, Norman no se había equivocado al ver un indio.

Nummy avanzó unos pasos más.

Y, de pronto, susurró:

—Dios mío…

La visión de la muchacha era estremecedora. La flecha hundida de aquel modo en su nuca constituía un espectáculo atroz.

Norman fingió ser el más aterrorizado de todos. Crispó los puños rabiosamente, mientras barbotaba:

—¡Tiene que haber huido por allí! ¡Y era uno solo! ¡Hay que perseguirlo!

Fue Nummy el que le detuvo con un gesto.

—Todos pensamos lo mismo. Norman —dijo—, pero hay una misión que cumplir. Pueden estar esperándonos a doscientas yardas de aquí para acabar con todos nosotros.

—Aun así yo creo que…

—Procura aguantarte y olvidarlo de momento, Norman. Ya os dijeron que ibais a bordear la reserva de los Pies Negros y que era terreno peligroso.

—Cierto. Nos lo dijeron.

—Lo que ha ocurrido es terrible, pero podemos considerarlo normal en una misión de esta clase. Incluso hay que temer que, más adelante, os ataquen en manada, pensando que pueden encontrar un buen botín en las carretas.

—Es posible —dijo otra de las muchachas—. Sucede con casi todos los viajeros aislados.

Nummy cerró un momento los ojos.

—Tendréis que reforzar la vigilancia —dijo—, pero de ningún modo os dejéis llevar por vuestros impulsos. Quizá es eso lo que están esperando que hagáis. Y ahora saquemos de aquí a esta chica. Merece un entierro más digno que el de un coyote.

Pero Nummy sabía que no iba a haber mucha diferencia entre una cosa y otra.

De todos modos tendrían que enterrarla en la llanura.

Y más allá, en la distancia, en las estribaciones del Teton Pass, los aullidos de los coyotes se estiraban en la lejanía.

# CAPÍTULO XII

Habían pasado casi treinta horas después de aquello, cuando Nummy penetró al trote de su caballo en la ciudad de Rigby. Rigby se encuentra a poca distancia del río Snake y en una ruta muy concurrida. Antiguamente, para los tramperos, el Snake River era uno de los caminos que llevaban a la tierra de promisión.

Mucha gente seguía pasando por Rigby en dirección al norte de Idaho y a Montana. Pero Nummy buscaba solamente a cuatro hombres; cuatro tipos bien vestidos que sin duda habrían hecho notar, allí, su presencia.

Como en el caso anterior, dejó su caballo en la cuadra pública y fue al *saloon.*

Allí le informarían.

Pero esta vez tuvo más suerte de la que había imaginado, porque no necesitó preguntar. Un hombre bien vestido, y que llevaba dos revólveres, estaba comprando tres botellas de whisky en el *saloon.*

El dueño le decía, amablemente:

—Al señor Barsel le gustará esta marca.

—Seguro.

—Hacía tiempo que no venía por aquí, ¿eh, Tuck?

—Es que teníamos mucho trabajo.

—¿Cómo va lo de las chicas?

—Hombre… ¡Je, je!…

Y Tuck se volvió para dirigirse hacia la puerta, llevando bajo un brazo el paquete con las botellas.

Pero antes de llegar a la puerta se encontró con aquellos ojos helados.

Con aquella boca rígida.

Con aquel individuo tan quieto y sombrío, como si fuera el anuncio de una funeraria.

Nummy susurró:

—Le saludo, amigo.

—No le conozco. Váyase al infierno.

—Quiero decirle que hoy es mi día de suerte. He encontrado, sin necesidad de buscar.

—¿Encontrado? ¿A quién?

—Pues… por ejemplo, a usted.

El otro se estremeció.

No entendía nada.

Pero dijo, con voz tensa:

—Se está metiendo en un terreno resbaladizo, amigo. No se lo aconsejo.

Nummy emitió una risita silenciosa.

—¿De verdad se llama Tuck? —preguntó.

—Sí. ¿Y qué?

—¿Trabaja para Barsel?

—Naturalmente. Por eso le digo que se está metiendo en un terreno resbaladizo.

Barsel no admite bromas.

—¿Y usted? ¿Las admite?

—¡Cállese!

—Le prometo que me callaré dentro de unos instantes, amigo. Es decir, *nos callaremos* los dos. Pero antes contésteme a otra pregunta: ¿Estaba con el caritativo señor Barsel, en la ciudad de Jackson?

—Sí.

—¿Recuerda una casa amarilla?

—Bueno… Puede que la recuerde.

—¿No se fija usted en los colores?

—No sé a qué viene eso.

—No viene a nada, amigo… A nada. Pero quizá se fijó usted mejor en aquella chica.

—¿Chica?

—¡Qué mala memoria tiene!… Yo sabía que los buitres tenían el pico largo y la memoria corta, pero no tanto. Y eso que la chica es tan bonita que resulta difícil olvidarla…

En los ojos de Tuck brilló una lucecita. Se daba cuenta de que la cosa iba en serio. Terriblemente en serio. Por eso soltó las tres botellas al tiempo, para tener la derecha libre y llevarla hacia el «Colt».

Lo hizo con un fulgurante movimiento.

Hasta estuvo a punto de ser más rápido que Nummy.

O al menos lo pareció.

Pero la sonrisa no se había borrado de los labios de Nummy. Sus ojos seguían mirando a Tuck como si le tomaran las medidas para la fosa.

Él también movió la derecha.

Disparó desde la funda.

Tuck se estremeció.

No había llegado a poner el «Colt» en línea de tiro. Giró sobre sus pies, dio un extraño salto y se hundió sobre una de las mesas. Allí aún intentó alzar el revólver, pero Nummy lo abatió de una bala a la cabeza, que resultó definitiva.

Luego sopló en el cañón.

Lo guardó.

—Bueno —suspiró—. Ya sólo quedan tres.

Y al instante se dirigió hacia la puerta del *saloon,* pero antes se volvió para mirar hacia el suelo lleno de cristales y manchado de whisky.

—Lástima de botellas —dijo—. La verdad es que eran de buena marca…

# CAPÍTULO XIII

Las dos carretas habían vadeado el Grays Lake River y se dirigían hacia el sudoeste, hacia la ciudad de Bone. Aquél era el camino más recto para llegar hasta Pocatello, aunque también podía ser el más peligroso.

Norman, que iba de avanzada, volvió sobre sus pasos.

Sus compañeros le miraron con ansiedad. Desde que había muerto la muchacha, ya nada parecía lo mismo. Veían fantasmas por todas panes.

—¿Nada?

—Nada —dijo Norman—. Tranquilidad.

—Creo que podríamos acampar aquí. Es un buen sitio.

—Sí… Desde luego que lo es. Tiene buenas condiciones para defendernos, si alguien nos ataca. Además, los Pies Negros no pueden acercarse demasiado porque el terreno es liso. El verdadero peligro empezará mañana, entre las colinas.

Todos miraron en silencio hacia la ruta que tendrían que recorrer al día siguiente.

Si bien ahora se encontraban en una zona llana, durante la próxima etapa tendrían que atravesar un terreno salpicado de colinas. Las colinas eran sitios ideales para los indios Pies Negros, pues se concentraban tras cualquiera de ellas y atacaban por sorpresa, cortando el camino.

Norman susurró:

—Esta noche no pasará nada. Más vale que descansemos y repongamos energías para mañana. Me temo que las pruebas empiecen después del amanecer.

—¿No has distinguido la huella de ningún jinete? ¿No nos están flanqueando?

—No.

—Piensa que esos indios son como los coyotes…

—No nos están flanqueando —dijo Norman—. Seguro. Me he fijado bien.

En realidad, por el hecho de fijarse bien, había distinguido a los tres jinetes que bordeaban el camino a unas dos millas de distancia. Los tres jinetes eran Barsel y sus hombres, lo cual significaba que estaban atentos y que todo marchaba bien. Las carretas fueron colocadas de modo que los disparos de una pudieran cubrir a la otra, y la fogata de campamento fue encendida. Sus reflejos, y la quietud de la noche, hacían que se respirara allí la paz, pero todos

estaban taciturnos. Una y otra vez se les aparecía la imagen de la muchacha con la flecha india clavada en la nuca.

Norman terminó de apurar su pocillo de café.

—¿Turnos de guardia? —preguntó.

—A ti te toca el último, Norman.

—Bien.

—He de rogaros una cosa —dijo Betty, una de las muchachas.

—¿Qué?

—Ya sé que es fastidioso hablar de eso, pero si uno tiene alguna necesidad durante la noche, que procure aguantarse. No hay que salir de las carretas. No podemos exponernos a tropezar con un indio que se haya deslizado entre las ruedas.

Todos estuvieron de acuerdo. Los Pies Negros no podían saber lo que había en aquellas carretas, pero el hecho de saber que podían robar a unos viajeros y hacerse con unas cuantas mujeres ya les bastaba.

Todos se retiraron a descansar, excepto el que tenía el primer turno de guardia. Norman no hizo nada porque tenía el último turno, de modo que durmió tranquilamente con los demás, igual que si tuviera la conciencia muy limpia.

Antes de amanecer, le despertaron.

Todavía la noche estaba implacablemente negra.

—Eh, Norman…

Norman se frotó los ojos.

—¿Es mi turno?…

—Sí. Yo acabo de terminar el mío. Suerte.

Norman salió de la carreta y ocupó su puesto. Al cabo de unos momentos, encendió un cigarrillo. Como si se le hubiese apagado, necesitó dos fósforos.

Era una señal convenida.

Alguien encendió otros dos fósforos a cierta distancia. Norman sabía que era uno de los hombres de Barsel. Fue hacia la fogata y la animó un poco, de modo que iluminara el entorno de las carretas.

Entonces sacó el revólver.

Disparó dos veces.

—¡Muchachos! ¡Alguien ha huido por allí! ¡Cuidado!

Su grito, y los dos disparos, provocaron una auténtica conmoción en las carretas. El aviso de que alguien huía, hizo que dos hombres saltaran para perseguirle. Todavía medio dormidos, se encontraron sin saber cómo, dentro del círculo de luz de la fogata.

Esta tenía que estar casi completamente apagada.

No esperaban aquel resplandor.

Naturalmente, los hombres de Barsel contaban con eso. Distinguieron perfectamente las siluetas de los dos federales.

Barsel musitó:

—Que revienten…

Él y sus dos hombres hicieron fuego.

Llevaban rifles de precisión y no fallaron. Las dos siluetas se convulsionaron en el aire al ser alcanzadas por el plomo.

Cayeron junto a la hoguera, mientras sonaban una serie de maldiciones. Norman disparó, pero no hacia el sitio donde acababan de brotar los fogonazos, sino justamente hacia el contrario. Cuando bajaron de las carretas, sus otros compañeros vieran a los muertos, pero no supieron de dónde acababan de brotar las balas que les habían segado la vida.

La única referencia que tenían, era Norman.

Y Norman disparaba hacia el sur.

Por consiguiente también dispararon hacia allí los otros, aunque no veían nada. Durante varios segundos aquello fue un huracán de fuego… que sólo sirvió para asustar a los coyotes que buscaban hacerse el amor entre las sombras de la noche.

Norman estaba a punto de llorar.

Había que ver lo bien que fingía aquel maldito.

Barsel no podía haber escogido un mejor colaborador para adueñarse del más importante cargamento de oro que había surcado jamás aquella zona del Oeste.

—Malditos… —gimió Norman—, Malditos hijos de zorra…

—¿Han huido por allí?

—Sí. He visto los fogonazos…

—Seguro que ya no podremos alcanzarlos. Se perderán entre las colinas y no habrá modo de dar con ellos.

Todos se miraron.

Se daban cuenta de lo terriblemente vulnerables que eran.

Todo su plan consistía en que las carretas no llamaran la atención. Pero si ya la habían llamado, estaban expuestos a cualquier emboscada. Y los que les atacaban habían demostrado ser listos, y conocer sus pasos muy bien.

Una de las muchachas susurró:

—Esta vez no han sido los indios:

Norman se volvió con la rapidez de la serpiente.

—¿Por qué lo dices?

—Por los rifles. El sonido era de armas muy modernas y de gran precisión. Sólo hay que ver cómo les han dado…

Y señaló a los muertos.

Norman musitó:

—Los Pies Negros tienen rifles de todas clases. La primera vez usaron una flecha, pero ahora se sienten más seguros, porque estamos de lleno dentro de su territorio y ya no les importa armar ruido ni dar la cara. Creo que a partir de este momento, ésta va a ser, para nosotros, la ruta de la muerte.

Todos volvieron a mirarse.

A excepción de Norman, todos sentían el escalofrío de la muerte en sus huesos, aunque procuraban disimularlo. Habían muerto una mujer y dos hombres.

El grupo de ocho se había transformado en un ridículo grupo de cinco. Tres mujeres y dos hombres. Y aunque las mujeres tiraran como campeonas, no podía confiarse en una buena defensa.

Pero lo peor para la marcha del convoy era que uno de los dos hombres encargados de defenderlo era el propio Norman. Este sabía que en cuanto liquidara a su compañero, se quedaría con tres mujeres solamente y, entonces, sería coser y cantar. Gran tipo, aquel Barsel. Todo iba saliendo a pedir de boca, porque las cosas estaban planeadas bien…

Musitó:

—En cuanto amanezca enterraremos a nuestros dos compañeros. Cueste lo que cueste, hay que seguir.

Una de las muchachas escupió al aire.

—Maldito y cochino oro… —masculló—. Si alguna vez me caso, soy capaz de hacerlo con un anillo de hojalata…

# CAPÍTULO XIV

Si Norman tenía motivos para sentirse optimista, también los tenía Barsel. El golpe planeado gracias al soplo de aquel federal traidor, estaba saliendo a pedir de boca. Dentro de muy poco, las dos carretas conteniendo una fortuna fabulosa caerían en sus manos sin que ellos tuvieran más molestia que recogerlas. En cambio, había otras cosas que no acababan de marchar. Cosas que Barsel no acababa de entender del todo…

En primer lugar uno de sus hombres, encargado de recoger los beneficios en una de las *casas especializadas* no se había presentado en el lugar convenido. Y no era fácil que aquel tipo hubiera decidido largarse con el dinero, porque haciéndolo así, perdía el derecho a su parte en el botín de las carretas. Por tanto, algo le había sucedido.

Barsel apretaba los puños al pensar en eso.

Porque venía a su memoria la palabra *muerte*.

Pero más extraño aún era lo de Tuck. Aquel maldito de Tuck se había retrasado un poco para comprar tres botellas de whisky y ya no había vuelto. ¿Qué diablos estaba ocurriendo allí? ¿Quién iba tras sus huellas?

Barsel miró la habitación del hotel en el cual se encontraba.

Era una pieza confortable y tranquila. Una de las chicas a las que explotaba, se encontraba allí. Barsel tenía a unas cuantas, *colocadas* en el establecimiento. Pero la que estaba en la habitación era la más bonita, la más deseable, la más tentadora para un hombre como él, buen degustador de novedades femeninas.

Ella susurró:

—Querido…

Barsel no le hizo caso.

Era la primera vez que una mujer de aquella categoría no le impresionaba.

—Vete al diablo —dijo—. No me molestes ahora.

—¿Qué pasa? ¿Estás preocupado?

—He dicho que te vayas al diablo.

Ella le miró ofendida.

No era una *empleada* vulgar: Administraba parte de los negocios de Barsel, de modo que no se creía merecedora de aquellos desprecios.

—Me iré con Floyd —dijo—, ya que tú no me haces maldito caso.

—Vete adonde te dé la gana.

La chica se levantó con gesto altivo y fue unas habitaciones más allá. Floyd era uno de los asesinos de Barsel que quedaban vivos. Con ojos que palpitaban de anticipado placer, vio venir hacia él a la preciosa hembra.

—¿Qué hay? ¿No te quiere el jefe?

—El jefe está que no hay quien lo aguante.

—Pues no le veo el motivo. Las cosas le van bien…

—Algo le preocupa.

—Quizá el que dos de nosotros hayan tenido algún accidente. Pero no creas que eso me molesta. No… El golpe está tan seguro que ya podemos considerar el dinero en nuestros bolsillos. Y seremos menos a repartir.

—¿Qué golpe?

Floyd hizo un gesto de hastío.

—No preguntes tanto, nena. Tú a tu negocio, que ya es bastante. Hala, ven aquí…

Le señalaba sus rodillas.

La chica sonrió y se arregló, mejor dicho se *desarregló* la falda, para sentarse donde le ordenaban.

En aquel momento la puerta se abrió.

Floyd lanzó una maldición.

Pero era su compañero. Este le hizo una seña, indicándole el pasillo.

—Estabas ocupado, ¿eh?… Pues en mal momento te has dedicado al asunto. El jefe nos llama.

—Ya se le podía haber ocurrido dentro de una hora…

—Está inaguantable últimamente, pero no creo que nos entretenga demasiado.

Luego puedes volver.

Floyd dio una palmada a la chira.

—Espérame, chata. El deber me llama.

Y salió.

Tenía razón su compañero. Barsel les esperaba a los dos con cara de mala uva. Pero se limitó a decirles que las cosas no iban bien, a pesar de que las perspectivas parecían más favorables que nunca.

—Alguien nos sigue los pasos —dijo—. No sé quién es, pero la desaparición de dos de los nuestros no se ha producido por simple casualidad. Hay que estar atento y no fiarse de nadie. Todos los desconocidos que se acerquen, deben ser controlados.

—De acuerdo, jefe. ¿Era sólo eso?

—¿Os parece poco?…

—No debe ver fantasmas. Barsel. Precisamente, todos creemos que las cosas se han puesto más fáciles.

—Por esa razón sentiría que las cosas se torcieran a última hora —dijo Barsel—. Permaneced atentos. Os repartiréis media guardia cada uno, durante toda la noche.

—Si usted lo ordena lo haremos, Barsel.

—No quiero ni un fallo. Y ahora fuera.

Cuando estuvieron de nuevo en el pasillo, Floyd guiñó un ojo a su compañero.

—Supongo que no te importa hacer la primera guardia, tú…

—No, hombre, no… Ya he visto que tienes *trabajo.*

Floyd sonrió.

Fue de nuevo a la habitación en que le esperaba la muchacha.

Sonrió al verla.

Ella estaba sentada en la misma butaca.

Lucía muy bien sus preciosas piernas.

Respiraba anhelante.

Sus brazos estaban un poco tendidos hacia él.

Susurró:

—Querido…

Floyd avanzó.

Sus labios temblaban de pasión.

Pero, de pronto, se detuvo.

Los labios le cambiaron de forma.

Ni pasión, ni nada.

Cuentos.

La chica suspiró:

—Querido, lo siento. Si no llego a actuar con naturalidad, este compañero me hubiese barrenado la cabeza.

En efecto, el *compañero* estaba tras ella y le apoyaba una navaja barbera en la nuca. Como sistema para quitarle a una chica las preocupaciones, aquello no tenía precio.

Era un *compañero* un poco especial.

Tenía músculos de atleta.

Piel de vaquero acostumbrado al sol.

Ojos de asesino…

Floyd no supo reaccionar. Tenía el revólver en la funda, pero comprendió que no llegaría a tiempo. Balbució:

—¿Quién… eres?

—Tú no me conoces, hermano.

—Pues entonces, ¿qué… pasa?

—Te ayudaré un poco para que lo entiendas. Me llamo Nummy.

—Jamás nos hemos encontrado…
—No, hermano. Pero, en cambio, encontraste a mi chica.
—¿Tu… chica?
—Ujú.
—No sé a quién te refieres.
—Se llama Mabel.
—No recuerdo a ninguna… Mabel. Te lo juro.
—Puede que no supieras ni su nombre, pero, en cambio, te acordarás de la casa. Era una casa amarilla.
—¿Una casa amarilla? La verdad es que…
Y movió negativamente la cabeza.
Parecía asombrado.
Nummy arqueó una ceja.
—Es curioso —dijo—. O todos tenéis muy mala memoria, o no distinguís los colores.
—Te juro que…
—Aunque tal vez sea otra cosa —dijo Nummy, con la mayor tranquilidad—. Tal vez sea una maniobra para ganar tiempo.
El otro chirrió los dientes.
Se daba cuenta de que aquel hombre era un verdugo y de que la muerte le miraba a través de sus ojos.
Fue a llevar la derecha al «Colt». Tal vez tenía ahora una oportunidad que no volvería a repetirse… Llegó a tirar de la culata hacia arriba, mientras introducía el dedo en el guardamontes del gatillo.
Nummy movió el brazo derecho.
Algo brilló un momento.
La navaja barbera.
La lanzó por los aires y, sin embargo, pareció como si la hubiese estado dirigiendo con su brazo hasta el final. El tajo en el cuello de Floyd fue sencillamente perfecto. Tanto, que hasta resultó siniestra su precisión mortal.
Todo el cuerpo de Floyd se tambaleó.
Los ojos se le salieron de las órbitas.
Sin llegar a terminar su gesto de sacar el «Colt» se desplomó silenciosamente a los pies de la chica.
Esta no pareció demasiado impresionada.
Volvió la cabeza hacia Nummy y susurró:
—Tú eres más guapo que él. ¿Vas a quedarte?
—No —dijo Nummy, con la misma tranquilidad—. Aún tengo demasiado trabajo.
Fue todos los funerales que tuvo Floyd. Los funerales más

baratos de Idaho y de Wyoming.

# CAPÍTULO XV

Nummy sabía que Barsel y su último esbirro estaban en el hotel, de modo que decidió aprovechar la circunstancia. De los cinco pájaros a los que había decidido cortar las alas ya habían muerto tres, de modo que Nummy resolvió terminar su venganza, ahora. Podía ser su gran noche. Dio un cachetito en la mejilla, a la hermosa cortesana.

Y susurró:

—Buena chica.

—¡Uf! Si tú supieras…

Nummy salió al pasillo.

Ahora el «Colt» parecía formar parte de su mano derecha. Tenía los labios tan apretados por el deseo de matar, que hasta su rostro estaba deformado. Avanzó por el pasillo hasta la habitación en que suponía se encontraba Barsel, Le rodeó el silencio.

Puso un pie en la puerta. Se dispuso a tumbarla de un seco golpe y disparar inmediatamente. Barsel no tendría salvación aunque intentara saltar hacia la ventana.

Contuvo la respiración.

Se dispuso a empujar.

Y en aquel momento oyó el levísimo chirrido metálico a su espalda. Era el roce del martillo de un revólver. Mientras la sensación de la muerte penetraba hasta el fondo mismo de sus huesos, Nummy comprendió que alguien estaba tras él dispuesto a hacer fuego.

La rapidez con que entonces movió el cuerpo, no la había tenido jamás. Y eso que era cierto que Nummy había trabajado en un circo. Giró sobre sí mismo, chocó contra la pared y, en fracciones de segundo situó su esqueleto fuera del camino que iba a seguir la bala. Esta atravesó la puerta.

Barsel abría, en aquel momento.

Acababa de oír un ruido sospechoso.

Y el plomo, por poco le acaricia el bigote. El asesino lanzó una salvaje maldición, mientras veía a su compañero que se disponía a disparar maquinalmente otra vez.

—¿Pero qué haces, maldito?

El otro aún no podía comprender dónde demonios se había metido Nummy. Creía tenerle seguro cuando, de repente, aquel diablo se había esfumado en el aire.

Y de pronto… ¡vio a Nummy a su derecha! ¡Nummy iba a

disparar!…

El sicario se lanzó también a tierra, mientras apretaba de nuevo el gatillo. La bala zigzagueó en la alfombra. Nummy no tuvo más remedio que lanzarse hacia las escaleras, porque se dio cuenta de que Barsel iba a apretar el gatillo, también. Otro hombre quizá se hubiera desnucado al saltar de aquel modo. Pero así como Nummy había podido rodar desde la cima de una montaña sin romperse ningún hueso, pudo llegar hasta e! vestíbulo y recorrer todos los peldaños sin torcerse ni una uña. Las balas de sus enemigos, que disparaban rabiosamente, pasaron altas. Una vez abajo, Nummy se revolvió, pero comprendió que ya no tenía campo de tiro. Además, un pistolero al que Barsel había destacado abajo, para que vigilase la puerta, se estaba volviendo hacia él.

Los labios de Nummy se separaron.

Enviaron al aire una sonrisa siniestra y cuadrada.

Fue más rápido que su enemigo.

Este había intentado chillar para avisar a su jefe.

—Se… ¡señor Barsel!…

Fue lo último que dijo.

La bala le atravesó el corazón y le hizo girar como una peonza, estrellándolo contra la ventana.

Nummy dejó que rechinaran sus dientes.

Se daba cuenta de que ahora las tornas habían cambiado. Estaba en pésima situación, porque no sabía si había más hombres de Barsel por allí. De los recovecos del hotel podían surgir otros hombres, para balearle.

No le quedaba más remedio que esperar otra ocasión para acabar con Barsel, el pájaro más infecto de todos. De lodo que se lanzó por la ventana que el cadáver acababa de romper con su caída y se deslizó hacia las sombras de la calle. Barsel y su subordinado bajaron unos instantes después, haciéndose preceder por una nube de plomo. Cuando vieron al pistolero muerto junto a la ventana, lanzaron al unísono una maldición. Barsel adivinó al instante lo sucedido.

Adivinó también que no podría cazar ya a aquella especie de escurridizo verdugo que flotaba entre las sombras.

Masculló:

—Floyd…

Los dos volvieron sobre sus pasos. Al entrar en la habitación que Floyd había ocupado, no necesitaron mirar gran cosa. La sangre llegaba hasta el pasillo.

La chica susurró:

—Te juro que no he podido evitarlo, Barsel.

De repente, jugaba el papel de buena nena que pasa miedo.

Barsel le cruzó la cara con una salvaje bofetada. Por un instante, estuvo a punto de matarla allí mismo, pero comprendió que no le convenía buscarse líos en aquella ciudad. Con voz ronca, preguntó:

—¿Le conocías?

—No…

—Yo tampoco le había visto nunca —dijo su subordinado—. No sé qué tiene ese tipo contra nosotros.

—¿Ha dicho su nombre?

Ahora volvía a preguntar a la muchacha.

—Sí. Nummy.

Barsel se pasó la mano izquierda por la cara.

La verdad era que había visto mal a su enemigo, pero al oír el nombre lo recordó. Naturalmente que sí… Era el buitre que había matado a Gulf junto al Yellowstone Lake. ¿Pero qué infiernos buscaba allí? ¿Por qué les perseguía?

La chica siguió diciendo:

—Ha hablado también de una casa pintada de amarillo…

Los ojos de Barsel brillaron siniestramente. Los recuerdos volvían a él. Dio una rabiosa media vuelta y salió de la habitación.

El cariz que estaba tomando aquel asunto le helaba la sangre en las venas. Había que darse prisa. Prisa en hacerse con las carretas de oro y salir del territorio. Barsel sabía que, a cada minuto que pasara, sentiría más cerca el soplo de la muerte en su nuca.

—Pronto sabré con exactitud lo que ocurre —dijo, sordamente —. Haré mis averiguaciones…

La mujer se palmeó las manos, cuando los dos hubieron salido.

—Sí. Haz tus averiguaciones, chato —dijo, sabiendo que ahora no la oían—. Pregunta a ver qué funeraria te hace mejor precio…

# CAPÍTULO XVI

Las dos carretas habían seguido su ruta por el camino más peligroso, por la senda de las colinas que era propicia a todas las emboscadas. Las tres mujeres y los dos hombres vigilaban atentamente, con los dedos en los gatillos, por si sobrevenía algún ataque indio. Claro que de aquellos dos hombres había uno que conocía la siniestra verdad. Norman fingía vigilar, pero sabía que los indios Pies Negros no significaban ningún peligro. Allí, el único que decidía la hora de matar, era él.

Pero necesitaba extremar las precauciones, ahora. Dos veces había atraído !a muerte sobre sus compañeros estando él de guardia, y, por lo tanto, no podía repetir la misma estratagema. Si estando él de vigilancia ocurría otra vez algo, los demás sospecharían. Por tanto durante una noche entera consumió su turno sin que se produjera ninguna novedad. Ahora volvían a acampar entre las colinas.

Era, en teoría, el sitio más peligroso. Incluso habían distinguido algunos auténticos Pies Negros flanqueándolos en la lejanía, pero Norman sabía que eran enviados por el propio Barsel para dar la sensación de que los indios se movilizaban. Barsel había entregado a aquellos desgraciados, unas cuantas botellas de whisky para que se dejaran ver de vez en cuando y luego desapareciesen. Ningún Pie Negro sospechaba ni de lejos la fortuna que iba en aquellas carretas.

El primer turno de guardia le correspondió a él. Estaba dispuesto a no hacer nada, de momento, esperando una oportunidad favorable; pero las cosas cambiaron cuando apenas llevaba media hora de servicio. Vio, de pronto, una sombra furtiva que se deslizaba por los alrededores de la hoguera. Norman pensó que podía ser un ladrón. Tal vez un indio desmandado.

Algunos, incluso, robaban por la noche los restos de comida que quedaban fuera de las carretas.

Montó el rifle.

Pero no hizo ningún ruido, para no despertar a sus compañeros.

De pronto, una voz cuchicheó:

—Norman…

Norman se agazapó entre las sombras. Acababa de reconocer al que le hablaba.

Palideció mientras decía suavemente:

—Estás loco, Maler. Barsel ordenó que nadie se acercara al campamento… Maler, que vestía completamente de negro para

pasar más desapercibido, miró en torno suyo con un gesto de aprensión.

—Hay que precipitar las cosas —musitó.

—¿Pues qué ocurre?…

—Floyd ha muerto. Y Tuck… Todo el grupo ha muerto, menos Barsel y yo. Y anoche, en un hotel, incluso a nosotros dos, un tipo llamado Nummy estuvo a punto de cargársenos.

—¿Nummy? Lo conozco. Es un federal.

—¿Interviene en esto?

—Tenía que intervenir, pero Ballister le dio el pasaporte. No tiene nada que ver, ahora, con el transporte del oro, y además es imposible que sospeche.

Maler se secó unas gotitas de sudor.

—De un modo u otro, no nos conviene que siga dando zarpazos —dijo—. Cada vez que ese tío se mueve, llena un ataúd… Por eso Barsel ha decidido adelantar las cosas.

—¿Qué quiere decir eso de adelantar las cosas?

—No matar a tus compañeros, uno a uno. Hay que hacerse con las carretas y desaparecer en seguida de aquí. Barsel. Incluso tiene estudiada una ruta de escape a través de los montes Teton.

—Bien, pero… ¿quién va a atacar?

—De momento tú y yo. ¿Cuántos defensores hay?

—Tres mujeres y un hombre… Las tres mujeres duermen juntas en aquella carreta.

—¿Son peligrosas?

—Con el cuchillo afeitan a una mosca a diez pasos.

—Pues vamos a liquidarlas tú y yo. Dormidas, no podrán hacer nada. Entonces sólo quedará un guardián para las dos carretas. Ni siquiera podrá dirigirlas. Estará más perdido que un pez en el desierto.

—¿Quieres decir que entonces atacaréis?

—Sí. Desde las colinas lo mataremos entre los tres. Disponemos de rifles de gran precisión y largo alcance. Norman hizo un gesto de miedo.

—Óyeme bien… Hasta ahora nadie sospechaba de mí, pero una vez muertas las mujeres, mi compañero Wance sabrá que soy un asesino. Quiero cobrar mi parte y largarme. Yo no intervendré en ese festival de rifle.

El otro estuvo a punto de escupir.

—Eres un cochino cobarde, Norman.

—De acuerdo, pero los cobardes cobran y además asisten en primera fila a los funerales de los héroes. Después de lo que vamos

a hacer ahora, quiero largarme y tocar la pasta. Es mi última palabra.

—De acuerdo, no vamos a discutir ahora por eso, maldito seas… Barsel te dará los diez mil prometidos. En cuanto disparemos corramos a su encuentro.

—Bien…

Los dos hombres no necesitaban decirse nada más.

Habían hablado en un leve cuchicheo.

Norman y Maler miraron hacia la carreta en la que descansaban las tres mujeres juntas. Avanzaron hacia ella empuñando las armas.

Sabían que aquél iba a ser el asesinato más sucio, más cobarde, más vil, que se había realizado en la frontera.

Pero ningún escrúpulo les detuvo. Norman, como perfecto conocedor del terreno, fue quien alzó un poco la lona.

Las tres mujeres dormían confiadamente. Estaban casi juntas y sus formas se adivinaban, a causa del leve resplandor que entraba por el hueco. Una se movió un poco, con un gesto de alarma, al captar un leve susurro.

Fue Maler el que dijo:

—Ahora…

Los dos repugnantes asesinos se pusieron a disparar a la vez. Gastaron seis balas cada uno, o sea que enviaron contra sus víctimas una cortina de plomo. Estas, que habían empezado a incorporarse con un gesto de sorpresa, murieron sin darse cuenta de lo que sucedía. Quedaron confundidas en el fondo de la carreta, materialmente cosidas a balazos.

Wance se despertó bruscamente.

Saltó de la carreta, con el rifle entre las manos, al oír el tiroteo. Vio entonces dos siluetas que huían y disparó a! azar, pero sin poder alcanzarlas. Con una sensación de muerte clavada en el alma, fue hacia la carreta de las mujeres.

Lo que vio le heló la sangre en las venas.

Jamás había visto a tres personas tan cosidas a balazos. Jamás había tenido aquella tan terrible sensación de vergüenza y de rabia.

Pero lo peor fue la brusca, la terrible sensación de soledad que le acometió. Porque se dio cuenta entonces del doble juego de Norman. Porque comprendió en aquel momento que estaba solo en aquel pedazo de desierto para defender uno de los cargamentos de oro más importantes de la historia de Estados Unidos.

Nadie le ayudaría.

No tenía la menor posibilidad de pedir auxilio a sus jefes, de contar a nadie lo que pasaba.

La próxima víctima sería él.

Pero Wance no sintió miedo, sino odio. Lo único que Wance lamentaba era no poder dar su merecido a aquel perro rabioso de Norman.

En silencio empezó a cavar una fosa cerca de la hoguera. Era una fosa para las tres mujeres, pero la hizo amplia para que cupiera, un cuerpo más.

El suyo.

Lo menos que podía elegir era el sitio en que iba a ser enterrado. Y en buena compañía. ¿Había quién le pudiera discutir ese derecho? ¡Pues entonces!…

# CAPÍTULO XVII

Norman y Maler se separaron media milla más lejos. Maler tenía que volver a la ciudad para contratar otras dos carretas a las cuales pudiera ser trasladado el oro. Por supuesto que si pensaban huir a través del Teton Pass no podían hacerlo llevando las mismas dos carretas que conocían todos los agentes del Gobierno. Hubiera sido demasiado peligroso.

Por eso Barsel había adquirido dos vehículos de un circo. Si los federales se cruzaban con ellos, no imaginaban ni remotamente que el oro estaba allí. Señaló a Norman una pequeña choza situada junto al camino. Era un refugio de los que, de tarde en tarde, existían para caso de tormenta. Una pequeña lucecita brillaba allí.

—Allí está Barsel —dijo—. Espero que nos volvamos a ver.

—No es fácil. Pienso instalarme en San Luis, cuando tenga los diez mil. Me dedicaré al mismo negocio que el jefe.

—Chicas, ¿eh?

—Pero yo lo haré mejor. Pienso comprar un barco de placer que surque el Mississippi. Con veinte cortesanas y diez mesas de juego, me forro en un año.

—Eres un tío que se las sabe todas, Norman.

—Trabajo me ha costado.

Y rió silenciosamente.

Ya había olvidado el asqueroso crimen cometido unos minutos antes. Para él sólo existían los diez mil dólares, uno encima de otro, y las luces mágicas de su barco de placer surcando el Mississippi. Ya veía a las chicas recibiendo a los viajeros en cubierta y oía el tintineo de las monedas en las mesas de juego. Ya escuchaba también el dulce rumor de las palas al batir el agua. Y los violines… Porque él contrataría un conjunto de violines, naturalmente. En un barco como el suyo, no podía faltar nada. Lo único que no había decidido aún era el nombre.

¿La Perla del Rio? ¿Los Placeres del Mississippi?

Puso los pies en el umbral de la choza.

Y no vio a Barsel.

Pero era igual.

A la persona que estaba allí, también la conocía. Era más importante que el propio Barsel. También podía cobrar de sus manos los diez mil del ala. Incluso los podía cobrar mejor.

—Hola —dijo—. Junto a las carretas ya sólo queda un hombre.

—Sí… Era el plan trazado con Barsel y con Maler. ¿Todo ha ido

bien?

—A pedir de boca.

—¿Es que ya quieres cobrar tu parte? ¿Vienes por eso?

—Claro… Le he dicho a Maler que el asunto había terminado para mí. Incluso he hecho más de lo que debía.

—De acuerdo, en ese caso te pagaré. Pero sólo por curiosidad, ¿puede saberse qué vas a hacer con el dinero?

Los ojos de Norman, brillaron.

—Hace tiempo que acaricio un proyecto —dijo—. Una brillante idea, ¿sabe? Hasta me extraña que al propio Barsel no se le haya ocurrido. Un barco de placer navegando por el Mississippi… Un barco con veinte chicas, diez mesas de juego y sus diez correspondientes tramposos. En un año me hincho… —Oh, claro que es una buena idea… ¿Y cómo vas a llamar a ese barco?

—Pues estoy dudando… Tal vez *La Perla del Río.* Tal vez *Los Placeres del Mississippi.*

—Ninguno de los dos nombres me gusta Maler.

—¿No?

—Te voy a dar uno mejor.

—Perfectamente. Démelo…

—Llámale *El Ataúd del Puerto.*

Norman parpadeó. No entendía aquello.

¿Era una broma?

Siguió sin entenderlo, incluso cuando vio ante sus ojos aquel pequeño revólver de dos cañones. Cuando vio la helada sonrisa en aquella boca.

—Pero… —balbució.

La bala le dejó ciego. Penetró entre sus dos ojos.

Pero cuando cayó, aún estaba vivo. Aún creía oír el ruido de las palas al batir el agua… Las risas de las chicas… El sonido de los violines… El tintineo de las… de las… mo… mo… monedas… Las monedas… Las monedas…

La segunda bala le voló la cabeza. La voz dijo entonces, despectivamente, sobre él:

—Pues ha muerto con buena cara. ¡Ni que el barco ya fuera suyo! …

# CAPÍTULO XVIII

Estaba amaneciendo ya, cuando Maler se reunió en la ciudad con el hombre que había de proporcionarle las dos carretas. El punto de reunión era un cobertizo situado en las afueras y donde no llamarían la atención. El asesino estaba jadeante cuando atravesó el umbral, pues había dado un largo rodeo para que nadie le viese.

A la luz lechosa del amanecer, distinguió las carretas. Eran altas y esbeltas y estaban adornadas con muchos colorines. No se parecían en nada a las que transportaban el oro actualmente, y las cuales serían abandonadas a un lado del camino. Al ver los vehículos que ellos pensaban utilizar, nadie sospecharía que no se trataba de un verdadero circo.

Barsel también estaba allí.

Le miró de una forma inquisitiva, mientras gruñía:

Llegas tarde, Maler.

—Sí, ya sé que está amaneciendo..., pero he dado un rodeo por si me seguían.

—Es una precaución necesaria. ¿Todo bien?

—Todo.

—¿Queda un solo hombre defendiendo el oro?

—Un solo hombre. Se llama Wance, y poco le faltará para volverse loco en cuanto se dio cuenta de la situación. Dentro de unas horas, con nuestros rifles, podemos cazarle desde la colina como a un coyote.

—Naturalmente —dijo Barsel con frialdad—, pero hay que pensar en todo. Las carretas tienen que estar preparadas para trasladar la *mercancía* en menos de una hora. ¿Qué te parecen?

—Perfectas. Dan la sensación de ser de un auténtico circo.

—*Son de un auténtico circo* —corrigió Barsel—. Incluso he elegido un nombre famoso para no llamar la atención. A los federales que nos vean, les resultará familiar y nos dejarán pasar sin problemas. Para dar más realismo llevaremos unos cuantos monos. Y hasta media docena de serpientes.

—¡Diablos!

—No tengas miedo: Las serpientes irán en una buena jaula, pero estarán visibles. De ese modo nadie sentirá la tentación de fisgar.

—Es una buena idea, Barsel.

—Entonces vamos a ponernos en movimiento. Hay que acabar el asunto antes del mediodía.

Maler asintió. También él estaba ansioso de acabar. Revisó los

dos carromatos, vio que todo estaba en orden y pagó el precio convenido. Barsel no se ocupaba de esas pequeñeces. Luego salieron los dos hacia la llanura, sin llamar la atención, conduciendo cada uno un vehículo. Los caballos que tiraban de ellos eran perfectos, y estaban preparados para las más duras travesías. Barsel había escogido los mejores que se podían comprar en la ciudad.

A propósito iban vestidos también los dos, con ropas menos elegantes, como si fueran dos empleados del circo. El efecto que producían, era absolutamente normal dentro de las circunstancias. Lo único que no le gustaba ni pizca a Maler, era la jaula metálica de las serpientes que llevaba colgando detrás.

Media docena de bichos asquerosos se movían allí dentro.

Eran auténticas serpientes de cascabel que llevaban el veneno hasta en las narices. Daba asco verlas, pero allí estaba precisamente la idea de Barsel. Si alguien quería fisgar en los carromatos desistiría en seguida al ver a los bichos. Necesitaban desanimar a cualquiera que se sintiese demasiado curioso.

El sol estaba muy alto cuando rodearon las colinas, en la zona en que se hallaba Wance. Dejaron los carros bien ocultos y los dos asesinos se situaron con sus rifles en una zona desde la que podían batir con facilidad al federal. Vieron que éste había terminado de abrir una fosa bastante profunda, donde colocaba los cuerpos de las tres mujeres.

Barsel sonrió burlonamente.

—Es piadoso el tío —dijo.

—Sí… Y un buen compañero. Se ha dado un hartón de trabajar para que a esas tres mujeres no se las zampen los coyotes.

—Lástima que no haya hecho una fosa para él…

—Yo creo que en ésa, cabe.

—Je, je… ¿Habrá sido capaz de prepararse él mismo su entierro?

—Wance sabe que va a morir. Él solo no puede sacar las carretas de ahí. Su único recurso consiste en esperar que el cielo le envíe alguna ayuda.

Barsel volvió a reír.

—Pues va a enviársela…

Y acarició el rifle.

El federal estaba a una perfecta distancia para que le barrenaran la cabeza. No sospechaba, ni remotamente, que lo tenían a tiro y permanecía quieto junto a la fosa. Diríase que rezaba. Los dos asesinos le apuntaron buscando la cabeza y el vientre, para no fallar.

Barsel musitó:

—Que las oraciones le aprovechen…

Y fue a apretar el gatillo.

Quería disparar el primero.

Quería ser él quien rematase el *trabajo*.

Empezó a cerrar suavemente el dedo sobre el gatillo.

Y en aquel instante la voz metálica, glacial, suave; aquella voz que causaba un escalofrío en la piel dijo, educadamente, a su espalda:

—¿Y ustedes dos por qué no rezan, señores? ¿Es que creen que no les va a hacer falta?…

# CAPÍTULO XIX

Los dos se volvieron al mismo tiempo con aquella sensación brutal de que la voz había llegado de las profundidades del Más Allá. Los dos se estremecieron, mientras se olvidaban de Wance para hacer girar sus rifles. Con ojos desencajados miraron hacia su espalda y vieron…

…¡Vieron a Nummy!

Nummy sonreía.

Nummy tenía aspecto de buen chico educado que va a invitar a unos amigos a una boda. O a un entierro, tal vez.

Barsel tenía las facciones desencajadas.

Los ojos se le salían de las órbitas.

Porque no era sólo Nummy, el que estaba allí.

Porque a poca distancia, detrás de él, estaba otra persona.

Otra persona que les apuntaba con un rifle.

Una hembra de ojos llameantes.

De curvas provocativas.

Una mujer de labios rojos en los cuales estaba la sonrisa de la muerte.

Barsel no podía creerlo.

Dijo, con un soplo de voz:

—Mabel…

# CAPÍTULO XX

La prometida de Nummy avanzó dos pasos. El rifle, un pesado «Sharp» calibre especial, descansaba en sus manos como la soga descansa en las manos del verdugo. Lo mismo Barsel que Maler sabían que allí estaba su muerte. Los dos tuvieron un nuevo y brutal espasmo, mientras Nummy susurraba:

—¿Qué pasa, señores? ¿Es que no les gusta a los señores contemplar a su víctima?

A Barsel se le abría la boca ridículamente.

Estaba fuera de sí.

Con una voz que era apenas un susurro, bisbiseó:

—No puede ser…

—La he hecho venir porque os tenía localizados —dijo tranquilamente Nummy, como si hablara de algo tan insustancial como el tiempo—. Me ha parecido un hermoso espectáculo, que ella viese el final del drama que vosotros iniciasteis en aquella casa pintada de amarillo. Mabel tiene derecho a saber que está vengada y yo he querido que ella misma presenciara vuestra muerte. Aquí la tenéis. Miradla bien… ¿Preferís que se dé la vuelta? ¿Queréis admirar sus curvas por última vez? Los dos asesinos sentían que penetraban en sus labios las gotas de su propio sudor.

Pero había allí, algo terrible, algo que no cuadraba. Había allí una cosa que hizo a Barsel gritar:

—¡Dejadme hablar! ¡Yo tengo que decir que…!

—Tú tienes que decir qué sitio prefieres para tu tumba —dijo Nummy, cortándole secamente—. ¡Y ahora basta de comedias! ¡Defiéndete!

Movió el revólver.

No podían acusarle de jugar con ventaja. Pudo haberlos matado por la espalda y, sin embargo, aceptaba un duelo de dos contra uno y en el que aquellos sicarios tendrían una magnífica oportunidad. Disponían de buenos rifles y disponían de espacio para moverse. Lo único de que no disponían era de… de agallas, de valor.

Jamás habían peleado cara a cara.

Ver el blanco de los ojos de su enemigo les aterrorizaba.

Era como si viesen su propia muerte.

Movieron sus armas, pero a destiempo. Chillaron como ratas, mientras tendían los rifles. Intentaron girar para buscar un parapeto imposible…

Sólo enviaron una bala, pero desviada.

Nummy disparó dos veces.

Tres.

¡Cuatro!

Repartió equitativamente dos balas por cuerpo mientras hacía una mueca de asco, como si acabara de disparar contra dos cucarachas. En aquel mismo instante, otras dos detonaciones más ásperas y potentes rasgaron el aire.

Mabel también acababa de disparar.

Mabel también acababa de enviar plomo contra aquellos cuerpos, con una mueca de odio y de asco.

El pobre Wance, situado a cierta distancia, había oído los disparos, pero sin ver nada. Convencido de que venían a por él, se lanzó al fondo de la fosa donde ya reposaban las tres mujeres.

—Perdonad… —dijo, como si pudieran oírle—. Os he manchado con las botas… Con el rifle preparado miró hacia adelante, hacia la colina situada enfrente, pero seguía sin ver nada. Estaba lejos de sospechar que ya no tenía enemigos, que los asesinos acababan de reventar.

Al otro lado de la colina, Nummy guardó el revólver en la funda.

Se sentía terriblemente cansado.

Pero en sus ojos palpitaba otra vez la esperanza, al mirar a Mabel. En sus ojos ardía una llamita que era, al fin y al cabo, el deseo de vivir. Lo pasado había sido terrible, pero al menos tenía esa ventaja: ya estaba pasado. Ahora quedaba un futuro lleno de dicha para los dos.

—Todo ha terminado, Mabel —susurró—. Los hombres que te ofendieron van a dedicarse, a partir de ahora, a perseguir moscas bajo tierra. Olvídales.

—Ya los he olvidado, Nummy.

—Has sido una chica muy valerosa. Celebro que hicieras caso de mi aviso y vinieses tan pronto. Así has podido ver que todos los delitos se pagan.

—Ha sido un digno espectáculo —dijo ella, por entre sus labios apretados—. Te juro que me hubiera sabido mal perdérmelo.

—Ahora trasladaré los carromatos hasta la ciudad más próxima y desde allí avisaré a Ballister, el jefe de los federales. El trabajo estará terminado y tú y yo podremos casarnos, Mabel. No habrá motivo para esperar más.

Ella cabeceó, afirmativamente.

No hizo ningún comentario.

Pero era natural que fuese así, porque su corazón de mujer tenía que estar roto aun por muchos sitios. Ella no estaba acostumbrada a

aquellas violencias. Ella era, al fin y al cabo, una muchacha que sólo ansiaba vivir…

Nummy volvió la espalda. Quería dirigirse a donde estaba Wance. Fue a dar un paso.

Y, de pronto, la voz le detuvo.

Era una voz seca.

Cortante.

Una voz que le pareció desconocida…

—No te muevas, Nummy —dijo aquella voz.

El joven se volvió, poco a poco.

Tenía los ojos entrecerrados, a causa del asombro.

Sentía una vibración en la espalda.

Como si por ella pasara una y otra vez una maligna corriente eléctrica.

La Mabel que vio a unos pasos no le pareció la misma. La Mabel que le apuntaba con el «Sharp» tenía las facciones contraídas en una mueca que no parecía suya. En la Mabel que le apuntaba había algo extraño, innoble, mezquino… ¡Había algo que hacía pensar en la propia y repulsiva mirada de Barsel…!

Con una voz que tampoco parecía suya, Nummy preguntó :

—¿Por qué?…

—¿Es que tú no lo has comprendido?

—¿Comprender?

Una lucecita se encendía y se apagaba en el cerebro de Nummy.

Pero él no quería leer los pensamientos que le alumbraba aquella lucecita. ¡Él no quería pensar nada más! ¡NO QUERÍA!…

Ella bisbiseó:

—¿No entiendes por qué no quise que me viera un médico?

Él tragó saliva.

Le era casi imposible respirar.

La garganta se le contraía.

—¿Es que… ellos no te tocaron? —musitó.

—No, claro que no. Ni siquiera estuvieron allí. Todo lo organizamos con el mismo Coster. Las marcas de los caballos, los golpes en la frente, mis supuestas heridas… Todo…

Nummy no podía ni mover los dedos.

Sentía cada vez más aquel *frío* terrible en su columna vertebral.

—Por eso los asesinos no recordaban nada cuando yo les hablaba de una casa amarilla… —balbució—. Ahora lo entiendo…

—Justo. Porque no habían estado allí. Coster, el pistolero que yo había contratado falsamente para *defenderme,* lo preparó todo en mi compañía. Como sabíamos cuándo habías de llegar, resultó

perfecto. Un enlace nos informó de que llegabas a la ciudad.

Nummy abrió la boca.

Pero no pudo hablar.

Cada vez se sentía más impotente, más asqueado, más triste. Una terrible nostalgia se había apoderado de él. Pensaba que no valía la pena vivir, y en ese momento no estaba dispuesto a mover un dedo para defenderse.

Y no lo movió.

Mabel continuó, con voz lenta:

—El hecho de que Barsel no me pusiera la mano encima no indica, sin embargo, que no estuviera de acuerdo conmigo. Barsel y yo habíamos planeado este golpe basándonos en los informes que nos dio Norman, el traidor. A Norman lo liquidé yo ayer, cuando el muy imbécil quería cobrar dinero, encima. Realmente, yo era el jefe del grupo.

—¿Tú? Pero…, pero no es posible…

—¿Por qué no es posible, amor? ¿Es que una mujer no puede pensar igual que un hombre? ¿Y sentir las mismas ambiciones? ¿Y amar el brillo del oro con tanta intensidad como él?

—No me atrevo a decir lo que pienso de ti, Mabel —dijo Nummy, con una voz que no parecía la suya—. Eres…

—¿Repulsiva? —preguntó ella con una sonrisa llena de indolencia—. ¿Ibas a decirme que soy repulsiva, amor? ¿Repulsiva como Barsel?

—Tú eres distinta…

—Pues te equivocas, porque Barsel y yo teníamos, en realidad, el mismo carácter y la misma alma. Por eso preferí deshacerme de él, ya que hubiéramos acabado chocando. Además, ¿por qué repartir el oro? ¿Por qué no acabar con la banda, mientras el trabajo se iba haciendo solito gracias a Norman?

Nummy tragó saliva otra vez.

—¿Acabar con la banda?… —susurró.

—Claro, amor. Pero eso no podía hacerlo yo, de modo que lo harías tú. Tú eres el mejor pistolero que conozco. Lástima que ahora ya no me sirvas y tengas que morir… Para enfrentarte a los hombres de Barsel inventé lo de mi ultraje. Para poner en ti la semilla de la muerte te pedí, en aquel momento de fingida desesperación, que acabaras con ellos… Y tú lo has hecho, Nummy. Has demostrado quererme, has demostrado ser un hombre de verdad, pero eso ya no me sirve. Ahora, eres el único estorbo que existe entre esas carretas y yo. Y el estorbo va a ser eliminado.

Había alzado un poco el rifle. No existía la menor compasión en

sus ojos, ni Nummy la necesitaba. No palpitaba allí la menor chispita de ternura ni de humanidad. Su mirada era la mirada fría, quieta, absorbente, de una hiena.

Nummy mostró sus manos vacías.

—Dispara —dijo—, pero te va a servir de poco. No podrás eliminar a Wance.

—¿Crees que no? Tengo un rifle mucho mejor que el suyo, y además domino el terreno. Esa tumba que ha abierto será la suya.

—Admito que sea así —susurró él—, pero tampoco te servirá. Tú sola no podrás trasladar el oro ni dirigir dos carretas.

—Tengo la ayuda de Coster —explicó ella, tranquilamente—. Coster y yo lo haremos todo. ¿Es que dudas aún de que sepa preparar las cosas, amor?

Él no contestó.

Se le hacía insoportable aquella bola amarga en la garganta.

Con la misma sonrisa llena de insolente picardía, Mabel susurró:

—Lástima, ¿verdad?… ¡Qué estupenda, qué organizada mujercita de mi casa hubiera sido!…

Y fue a disparar.

Su dedo empezó a cerrarle sobre el gatillo.

Pero Nummy dijo, con voz tensa:

—Mabel…

—¿Qué pasa, amor? ¿Vas a implorar piedad?

—Jamás la he implorado. Quiero otra cosa.

—¿Qué?

—Salvarte la vida.

Ella pestañeó, como si creyese que aquello era una broma. Soltó una carcajada, un segundo después. Como treta para ganar tiempo le parecía estúpida. —Podías haber inventado algo más original, amor —musitó—. ¿Salvarme la vida? ¿Contra qué? ¿Es que crees que voy a coger la gripe?

—No bromeo, muchacha. Quiero salvarte la vida. A pesar de todo lo que has hecho, quiero que vivas.

—Tú estás loco, Nummy. ¡Y basta ya! ¡Reza si sabes!

¡REZA!…

Nummy no rezó. Su voz seguía siendo metálica y fría. Con la mirada quieta e hipnótica dijo, suavemente: —Recordarás que Barsel ha podido disparar, una vez.

—Claro… ¿Y qué?

—Su bala se ha perdido… y no se ha perdido. Ha roto uno de los barrotes de la jaula con serpientes que hay en el carromato, a tu espalda. Tú no la ves, pero las serpientes han salido. Vienen hacia

ti.

Ella no se inmutó.

Seguía sonriendo, con aquella mueca entre picara e insolente.

—Finges muy bien, Nummy. Hasta te has puesto pálido como un muerto. Confieso que enternecerías a cualquiera, pero a mí no me engañas. ¿Qué esperas? ¿Que mire hacia atrás? ¿Crees que no sé que sólo necesitarás una décima de segundo para saltar sobre mí? ¿Piensas que soy tonta?

—¡Por Dios, Mabel! ¡No te engaño! ¡Te juro que no te engaño! ¡Deja que saque el revólver y dispare! ¡No hay un segundo que perder! ¡Deja que tire!…

Ella seguía sonriendo.

—Conque el revólver y todo, ¿eh? Vamos, muchacho… Tú deliras. ¡Estaría bueno!

Y cerró, de nuevo, el dedo sobre el gatillo.

Pero de pronto sus facciones se tensaron.

De pronto, hubo en sus labios una horrible mueca. Chilló.

O, mejor dicho, fue a chillar.

Ni de eso tuvo tiempo.

Acababa de sentir en las piernas, aquel contacto viscoso.

Dos, tres contactos viscosos… ¡Dos, tres serpientes enroscándose allí! ¡Tres bocas de muerte en sus piernas! ¡Tres avisos para la tumba, en su propia sangre!

Chilló desesperadamente.

Su cuerpo se tensó.

Fue a soltar el rifle.

Ni eso pudo hacer.

Cayó hacia atrás, mientras Nummy disparaba. Mientras Nummy, con una espantosa contracción, deshacía las cabezas de las serpientes.

Pero sabía que ya era tarde.

Tarde para todo. Incluso para llorar.

La habían mordido las tres. Aunque intentara chupar la sangre de una de las heridas, las otras harían su mortífero efecto.

Guardó el «Colt».

Volvió la espalda lentamente y fue hacia donde estaba Wance, pero con las manos en alto, para que el federal le viese bien. Wance asomó la cabeza por el borde de la tumba, al ver llegar a aquel tipo desde la colina y balbució.:

—Ca… ca… ¡Cáspita!

Nummy, gruñó:

—Ya puedes salir, hombre… Vengo en son de paz.

Y, de pronto, giró sobre sus tacones.

¿En son de paz?…

El movimiento fue instantáneo.

Fulgurante.

En el instante de llevar la mano al «Colt», ya brotaba de éste una llama color naranja.

Coster, que apuntaba con un rifle desde el otro lado de la colina, lanzó un alarido y soltó el arma para rodar pendiente abajo.

Nummy masculló:

—¿Seré idiota? Por poco me olvido de ése…

Y ayudó a Wance a salir de la tumba.

Wance bisbiseó:

—Tendrás que explicarme mi… mi… miles de cosas.

—No tartamudees, hombre. Te lo explicaré todo. Pero ahora ayúdame a hacer otra fosa para unos perros rabiosos. Prometí a una dama que los enterraría con una serpiente, y lo haré. Lo que prometo a las señoras yo siempre lo cumplo.

Pero no había ninguna alegría en su voz.

Y flotaba en sus ojos una nube de nostalgia.

Wance susurró:

—Claro que te ayudaré. Oye… de ésta, el viejo te asciende. Vas a ser el federal mejor pagado de Wyoming.

—No me importa. Te juro que no me importa.

—Pues muchos te van a envidiar… ¿Qué harás luego? ¿Pedir un permiso?

—Creo que sí.

—¿Tal vez piensas ir a algún sitio?

—Sí —dijo Nummy, pensativamente—. A la reunión de los tramperos de Yellowstone Lake. Aún dura.

—¿Buscas a alguien allí?

—Puede… —y la mirada de Nummy se perdió en el vacío, mientras parecía flotar en ella una lucecita de esperanza—. Puede que busque a un pastor de almas, cascarrabias —dijo—. Y a una muchacha que está bajo su protección. Tal vez tenga muchas cosas que hablar con los dos. Aunque antes tendré que aprender algo de boxeo.

Wance le miró, parpadeando.

—¿Boxeo? —susurró.

—Sí. Algunas clases de urgencia.

—¿Por la chica?

Nummy hizo crujir sus nudillos mientras volvía a mirar al vacío y dijo con voz más tranquila:

—No, por la chica no… Por el pastor de almas. ¡Cuando se pone a *predicar* no sabes tú cómo las gasta!…

**F I N**

# Índice